233

RAFAEL DE SANTA ANA

Los Ximénez de Quirós

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1902

Para su buen amigo y amigo

Recuerdo de

LOS XIMÉNEZ DE QUIROS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

[336:247]

LOS XIMÉNEZ DE QUIRÓS

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RAFAEL DE SANTA ANA

Estrenado en el TEATRO MARTÍN la noche del 14 de Diciembre de 1901

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1902

Sr. D. Manuel Compañy:

Querido Manolo: En muestra de nuestra amistad y simpatías y como pago á la buena propaganda que ha hecho de este juguete, se lo dedica su amigo

Rafael de Santa Ana

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSALÍA	Sra. Mesa.
PURA	Srta. García.
GLORIA	Sra. Pardiñas.
EMMA	Srta. Abienzo.
CARLOS	Sr. González Hompanera.
JIMÉNEZ	Viñas.
NICÉFORO	Morales.
JAIME	Rodil.
SANTIAGO	Enciso.
DEPENDIENTE	Paniagua.
UN MOZO DE CUERDA.	Rivas.

La escena en Madrid

ACTO PRIMERO

Gabinete de paso regularmente alhajado. Al fondo tres huecos. El de enmedio, balcón practicable que figura dar al patio interior de la casa. El de la izquierda, puerta de entrada de la casa. El de la derecha figura comunicar con resto de ella y también con el establecimiento. Puertas laterales, dos á cada lado. Sobre un mueble que habrá entre el balcón y una de las puertas de entrada un retrato fotográfico y de gran tamaño del personaje don Jaime Ximénez. Butacas, mesa de centro y sofá; varias sillas volantes. Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA

DEPENDIENTE, en el balcón figurando hablar con alguno en el piso bajo

Sí, cógelos de los del rincón... ¿Qué? ¿el queso manchego? ¿A tres veinticinco? ¿Eh, que esta pasado? Pues á cuatro cincuenta. Bueno; pues dí que es extranjero... ¡Santiago! oye; que te subas todos esos paquetes... Sí, la puerta está abierta; no tienes más que empujar. (Baja al proscenio, limpiando y sacudiendo los muebles con unos zorros.) ¡Todas las faenas denigrantes para mí; y mientras tanto, ese tontilinaco de Santiago, mimado por el señor Nicéforo! Y todo es nada más que porque uno es digno y protesta de ciertos

abusos, y ese chico, como es nuevo y no entiende na de socialismo... Ea, ahora póngase usted á hacer las camas. ¡Mechachis! (Vase segunda izquierda.)

ESCENA II

EMMA, JAIME. Aparecen foro izquierda Visten con elegancia, largos guarda polvos de viaje. Emma habla con acento italiano

JAIME — Ven por aquí, esposa mía.

EMMA — *Non che ness uno.*

JAIME — Ahora veremos. (Hace sonar un timbre.)

EMMA — ¿E cueste tuo tío? (Viendo el retrato.)

JAIME — El mismo. ¿Acaso le conoces?

EMMA — Sí, cueste siñore nera en el mismo balneario quio, ma non era sólo, le acompañaban duo donne.

JAIME — ¿Dos señoras? No lo extraño, siempre tuvo esa debilidad.

EMMA — ¡Cómo debile! Forte, robusto.

JAIME — Quise decir, demasiada afición á las señoras.

EMMA — ¡Ah! e un craneo.

JAIME — ¿Cómo cráneo? vamos, sí; has querido decir calavera, tiene gracia.

EMMA — Eco. ¿De modo, que il tuo tío se quiama como tú?

JAIME — El mismo nombre y apellido. ¡Y si vieras cuántas veces le he servido de tapadera para sus líos!... Siempre recordaré á una tal Paca, de la que tuve que fingir ser marido para evitarle á mi tío un escándalo. Me sacrifiqué.

EMMA — No me piachen cuestos sacrificios. Paca, Paca.

JAIME — Celosilla.

EMMA — Una mañana, me dió con mucho misterio una camarera una carta de tu tío.

JAIME — ¡Qué estás diciendo!

EMMA — Tranquilízate, era una carta de negocio, que sin duda dirigía á otro comerciante. Hablaba de judías. Ahora te la enseñaró, la traigo en el cofre.

JAIME Me extraña esa equivocación de la carta. Y á propósito de carta; recibirías la mía, con las señas de esta casa.

EMMA Sí, por cierto, que he dejado olvidada la mía de contestación en nostra camera del balneario.

JAIME ¿Qué falta hacía, saliendo ustedes al momento?

EMMA E vero.

JAIME ¡Pero cómo tardan! (Vuelve á tocar el timbre.) ¿No hay nadie en esta casa?

ESCENA III

DICHOS, DEPENDIENTE

DEP. ¿Qué desean los señoritos?

JAIME ¿Don Jaime Jiménez?

DEP. Hoy mismo debe llegar.

JAIME Me ha extrañado no ver su nombre en la muestra del establecimiento.

DEP. Es que la tienda no es ya solo de don Jaime. Le traspasó la mitad del negocio á su antiguo dependiente, al señor Nicéforo.

JAIME ¡A Nicéforo!

DEP. Pues sí señor, antes de casarse, para no tener dos quebraderos de cabeza, dejó el negocio.

JAIME ¡Casado! (A Emma.) ¿Oyes?

EMMA ¡Ya, ya!

JAIME Ahí tiene mi tarjeta y un duro. Se la entrega á don Jaime en cuanto llegue?

DEP. ¿El duro es también para don Jaime?

JAIME No, hombre, no. El duro es para usted.

DEP. Tantas gracias.

JAIME ¡Oh, qué idea!

EMMA ¿Qué?

JAIME Que tambien voy yo á sorprenderle con nuestro casamiento. Ya verás. (Al Dependiente.) Oiga usted.

DEP. Usté mande.

JAIME Quiero que no diga usted á nadie, ni al mis-

mo don Jaime, que me acompañaba una señora.

DEP. Está bien.

EMMA Má..

JAIME Nada; quiero presentarme ante el tío como soltero, para darle esta broma.

EMMA Bene, bene.

JAIME Conque ya sabe usted: he venido sólo, completamente sólo.

DEP. Descuide el señorito.

JAIME ¿Esta abierta la puerta de la escalera que da á la otra calle?

DEP. Sí, señor.

JAIME Pues vámonos por ahí, que nos cogerá más cerca. (El Dependiente se dispone á acompañarlos.) No, no hace falta, conozco perfectamente el camino. ¿Vamos?

EMMA Andiamo.

JAIME Buenos días.

DEP. Vayan con salud.

EMMA Bon giorno. (Mutis Emma y Jaime, foro izquierda.)

ESCENA IV

DEPENDIENTE

Bochorno dice la señorita que lleva. ¡Mecachis! ¡Buena propina ha caído! Y deben de ser de la grandeza, porque lo que es los sacos que llevan!... En fin, esconderéme el duro, no vayan á creer que lo he cogido del cajón. Ea, vamos á seguir estas faenas, impropias del hombre social y libre. (Se oyen voces.) ¿Eh? ¡Ya están ahí!

ESCENA V

GLORIA, PURA, JIMÉNEZ, NICÉFORO, DEPENDIENTE y MOZO DE CUERDA, trayendo el equipaje. El personaje NICÉFORO habla con acento aragonés.

JIM. Mucho cuidado con todo. (Este personaje usa patillas.)

NIC. Santiago, acompaña á ese hombre y dale un par de pesetas.

DEP. Venga usted por aquí. (Vanse segundo izquierda saliendo al poco tiempo sin equipajes, haciendo mutis ambos por foro izquierda.)

PURA (¡Cuánto entristece el espíritu el tornar á esta vida prosaica!) (Se sienta sobre la cesta de la merienda, que habrán dejado sobre una butaca.)

GLOR. ¡Hija! que te sientas sobre los comestibles.

PURA (Levantándose.) No lo había notado.

NIC. ¡Pero qué bien que vienen las señoritas! ¡Qué gordotas! ¡Já, já!

GLOR. (¡Qué grosero!)

PURA (¡Qué basto!)

JIM. Los aires del campo. Mira yo que morrillazo.

GLOR. (¡Jesús!) Jaime; cuello, cuello.

JIM. Déjame de tontunas.

NIC. Ná, que han venío toos ustedes, pero que la mar de buenos. Mire usted la señorita Purita qué colores que se trae; parece una pavía de esas de mi tierra; de esas que solo con mirarlas, ya se le ajunta á uno la lengua al paladar. ¡Já, já!

PURA (¡Jesús una pavía!)

GLOR. Purita, vamos á nuestras habitaciones á quitarnos un poco de polvo. (Se mira en un espejo.) ¡Jesús, cómo estoy! Cualquiera diría que son canas.

JIM. (Cualquiera. Como que lo son.)

GLOR. Que hagan el chocolate.

NIC. Es el caso que no hay quien lo haga.

GLOR. ¿Y las chicas?

NIC. Las he despedido antiyer.

GLOR. ¿Usted?

JIM. ¿Tú? ¿Qué pasó?

NIC. Pus casi ná; que se había declarado el estado de guerra en la casa.

GLOR. ¿Eh?

NIC. Ná, que estaba tóo el día la casa llena de soldados; sobre todo los domingos, parecía esto una sucursal de la fuente de la Teja.

JIM. Entonces hizo bien.

GLOR. Hizo muy mal. Ahora ¿qué hacemos? Si le parece al señor Nicéforo que ésta ó yo nos metamos á cocinear...

PURA ¡Jesús, yo en la cocina!

JIM. No haríais nada de más.

GLOR. Basta ya. Todo en este mundo tiene sus límites; y si usted se había figurado que la viuda de un banquero, muerto en la flor, iba á soportar sus constantes groserías, se ha equivocado de medio á medio. Desde hoy me pondré los pantalones.

JIM. Harás bien, porque empieza á hacer fresco.

GLOR. Es usted un insolente.

PURA Tía...

GLOR. ¡Ay si viviera Achirra!

NIC. (Aparte á Jiménez.) ¿Quién es Achirra?

JIM. (Aparte á Nicéforo.) Mi antecesor, el banquero.

NIC. No se apure usted, doña Gloria, que enseguida encargué otras dos.

GLOR. ¿Y dónde están?

NIC. La una, es de mi pueblo, mu modosica y mu recia pa el trabajo, soltera y sin familia; pero está acabando de destetar á un chico y por eso no ha venía entoavía.

GLOR. Allí se puede estar.

NIC. Pero la otra vendrá de seguía. ¡Y que es toda una señora! Como que ha sido de muy buena familia andaluza. Doña Rosalía Argüelles.

JIM. (Precipitadamente.) ¡No, esa no!

NIC. Pero...

GLOR. No le haga usted caso.

JIM. (¡Zambomba, Rosalía!)

GLOR. Bueno, ¿y esa cuándo va á venir?

NIC. No debe tardar.

JIM. (¡Digo, que no tardará!) (Durante este diálogo Pura está leyendo un libro y accionando.)

NIC. Pero ahora que caigo, todo se arregla ahora mismo. Llamaré á Santiago el menor, que es la mar de listo.

GLOR. ¡Un hombre!

NIC. En un bufío sube. (Llamando por el balcón.) ¡Santiago! ¡Santiago!... Sí, dile al otro que suba.

JIM. ¿Por qué le llamas Santiago el menor?

NIC. Porque ha entrado en casa hace pocos días: y como el otro también se llama Santiago..

JIM. Ya, ya...

GLOR. ¿Y quién nos va á guisar?

NIC. Santiago.

PURA ¿Y quién nos va á ayudar á desnudar?

NIC. Santiago.

PURA ¡Jesús!

GLOR. ¡Qué desatino!

JIM. ¡Pero hombre!

NIC. Si es una criatura sin pizca de malicia ni na. En fin, aquí está ya.

ESCENA VI

DICHOS: SANTIAGO

SANT. ¿Dan ustedes permiso?

JIM. Adelante.

GLOR. (¡Vaya con la criatura!)

NIC. Aquí te vas á estar pa tóo lo que se ocurra.

SANT. Está muy bien.

NIC. Ea, pues ya pueden ustedes mandarle lo que quieran.

GLOR. Por lo pronto, que haga el chocolate.

NIC. Ya lo oyes: date mucha priesa.

SANT. Está muy bien. (Mutis foro derecha. Gloria coge su sombrero y abrigo.)

ESCENA VII

DICHOS, menos SANTIAGO

GLOR. Vamos para allá adentro; me parece mentira que me he de lavar. ¿Vienes?

PURA Ya voy. (Mutis Gloria, segundo izquierda.)

NIC. (Al ir á marcharse Pura, la detiene junto á la puerta segundo izquierda y sostiene, en aparte, el siguiente diálogo.) ¿Señorita Purita?

PURA ¿Qué?

NIC. Si usted no se molestara, quisiera darla esto. (La entrega un saquito de papel y una cajita de cartón.)

PURA ¿Y qué es esto?

NIC. Ciruelas pasas francesas, de esas que le gustan á usted tanto, y un pequeño recuerdo por el día de sus cumpleaños, que como éste le ha cogido fuera...

PURA (Abriendo la caja.) ¿A ver...? ¡Oh! ¡qué lindo! ¿Pero para qué se ha molestado usted? (¡Cuánto me ama!.)

JIM. (¡Y yo sin poder decirle!...)

NIC. ¿Molestarme? Por usted sería yo capaz de...

PURA (¡Pero hombre!)

NIC. Pero no se enfada usted, ¿eh?

PURA Al contrario.

JIM. Purita; que tu tía estará esperando.

NIC. (¡Antipático!)

PURA Voy. Adiós, y tantas gracias.

NIC. Esas son las que usted me...

PURA ¿Qué?

NIC. Na. (¡Me corté!)

PURA (¡Qué lástima que sea tan bruto!) (Se marcha riéndose á carcajadas.)

ESCENA VIII

JIMÉNEZ y NICÉFORO

NIC. (Se ha reído de mí.)

JIM. ¡Gracias á Dios!

NIC. ¡Ay, don Jaime, qué dura está de pelar!

JIM. Oye: antes que nada, esa Rosalía que tú has dicho antes que iba á venir de cocinera, ¿es una con un lunar en salva sea la parte? (Señala en una mejilla.)

NIC. La misma.

JIM ¡Caracoles!

NIC. ¿Qué?

JIM. Que esa mujer no puede venir á esta casa.

NIC. ¿Por qué?

JIM. ¿Te acuerdas del flemón que tuve en este carrillo el año pasado?

NIC. Sí señor.

JIM. Bueno, pues fué una bofetada de esa mujer. Yo la hice ciertas proposiciones y ella optó por darme una torta.

NIC. Vamos, un lío de los de usted. ¡Pues si viera usted cómo presume de honradez!

JIM. Y tanto.

NIC. Pero es raro: cuando le dije el nombre de usted, maldito si demostró conocerle.

JIM. Ella cree que me llamo Carlos del Olmo.

NIC. Ya; le dió usted el nombre del catedrático. ¡Ja, ja!

JIM. ¿Comprendes que no puede venir?

NIC. Descuide usted, que no vendrá. Ya puede usted quedarse tranquilo.

JIM. Por ese lado sí; pero hay otro asunto peor.

NIC. ¿Otro lío?

JIM. Otro. Escucha: ¿ha venido una joven muy elegante preguntando por mí?

NIC. No señor.

JIM. Bueno, pues vendrá.

NIC. Me deja usted frío.

JIM. Pues ya puedes ir entrando en calor, porque es la fija Escucha y tiembla.

NIC. ¿Yo? ¿pa qué?

JIM. Bueno, pues temblaré yo. Estaban en el balneario dos damas, una bastante vieja y mal encarada, y la otra joven, distinguida y de rechupete. Indago y me dicen que era una tiple de ópera de mucha fama y la otra su madre.

NIC. ¿La más vieja?

JIM. ¡Naturalmente! Bueno, pues empecé á mi-

rarla como tú sabes que yo sé hacerlo... y notando que ella me correspondía...

NIC. ¿Sí...?

JIM. Ella, al parecer, no me daba pie, pero yo lo adiviné, y un día le mandé por conducto de una camarera, la siguiente carta. La recordaré siempre. «Muy señora nuestra: Amor y ganancias...» ¿Eh? ¿qué tal? «Me llamo don Jaime Jiménez. Casa abierta en Madrid. Cedaceros, 86. Constancia y cuenta corriente en el Banco. Recompensaré. Soy de usted, etc.» Y nada más.

NIC. La verdad, que fué una declaración rara.

JIM. Hay que conocer el género. Bueno, pues verás; viendo que no me contestaba, una mañana tengo un arranque y me dirijo á la habitación de Emma, que así se llama. La puerta se hallaba entornada. El corazón me latía violentamente. Yo procuraba aguantar el resuello para que no me sintiesen. ¿Qué hubieras tú hecho en aquella situación?

NIC. Estornudar.

JIM. ¿Cómo?

NIC. Sí señor, siempre que he tenido que ir de puntillas á algún sitio pa que no me sintiesen, he empezado á estornudar la mar de recio y he tenido que echar á correr.

JIM. Pues yo no estornudé. Empujo la puerta muy suavemente, doy dos golpecitos muy suaves, entro con mucha suavidad y...

NIC. ¡Camará, qué suave!

JIM. No había nadie en la habitación. Sobre una mesa veo un sobre y... Mira el tesoro... (Saca un sobre y de él una carta.) ¿Ves? «Señor don Jaime Ximénez».

NIC. ¿Le escribía á usted?

JIM. Escucha: «Jaime mío, pronto estaré en tus brazos. Nadie te ama como tu Emma.»

NIC. ¡Alza!

JIM. Tiene postdata: «Te escribo en español, para que veas los progresos que hago en tu lengua.»

NIC. ¡Pero qué suerte que tiene usted con las mujeres!

JIM. Aquel mismo día quise verla y me dijeron que se había marchado por la mañana. ¡Pero yo ya la estoy viendo aquí de un momento á otro!

NIC. ¡Claro! Al demonio se le ocurre poner en la carta: «Casa abierta».

JIM. (Viendo al Dependiente que viene trayendo unos paquetes.) Ni una palabra.

NIC. Descuide usted.

ESCENA IX

DICHOS y DEPENDIENTE por foro izquierda

DEP. ¿Dónde dejo esto?

NIC. Llévalo á la cocina.

JIM. ¡Hombre! Tú vas á hacerme un encargo.

DEP. (Alguna faena denigrante.)

JIM. Mira. (Saca del cabás un frasco vacío con etiqueta.) Vas á traer de la perfumería de enfrente, un frasco como éste. Corre, ahí llevas un duro.

DEP. (Ya me ha visto el duro.) Pero...

JIM. Nicéforo, dale un duro.

NIC. Cógelo del cajón y ya estás de vuelta. Déjale todo eso á Santiago.

DEP. (No me lo habían visto.) ¡Ah! Tome usted esta tarjeta que dejó antes un señorito de la grandeza. (Le da la tarjeta y vase foro derecha.)

ESCENA X

JIMÉNEZ y NICÉFORO

JIM. ¡Qué es lo que veo! ¡Caramba! ¡Mi sobrino en Madrid!

NIC. ¿Jaime?

JIM. El mismo, ¡qué alegría! Estar aquí, cuando yo le hacía en América. ¡Mi sobrino! El hijo de mi pobre hermano. Mi tocayo. ¡Mi ahijado!

NIC. Miste que es raro.

JIM. ¡Calla! Si no puedo creerlo. ¡Xaimecito en Madrid! Voy corriendo á arreglarme, para estar listo cuando venga. ¡Qué abrazo le voy á dar!

NIC. ¡Ah! También á mí se me había olvidado darle esta letra que dejaron antes para su aceptación (Se la da.) de Zurres, el de las habichuelas.

JIM. Trae acá. Después te la daré firmada. Ya no tardará el chico con el frasquito misterioso, porque ya ves, más de setenta horas sin charipé estoy... (Deja la letra sobre el velador.)

NIC. Mu pío, y también esa barba.

JIM. Tienes razón, voy á afeitarme. Y si vieras qué raro es lo que sucede...

NIC. ¿Qué?

JIM. Que durante los inviernos me afeito los jueves y domingos y tengo de sobra, y ahora un día sí y otro no, y el de en medio ya tengo la barba larga.

NIC. Es natural: como ahora es verano ..

JIM. ¿Qué mas da?

NIC. ¡No ha de dar! ¿No ve usted que ahora son los días más largos?

JIM. Qué tonto eres. Vaya, pues voy á mi cuarto.

NIC. Hasta luego.

JIM. ¡Caramba, con mi sobrino! (Mutis primera derecha.)

NIC. Voy á poner en limpio los versos pa Purita. (Mutis, foro izquierda.)

ESCENA XI

SANTIAGO, luego DEPENDIENTE

SANT. (Viene por foro derecha, trayendo una bandeja con los chocolates.) Veremos si han salido á gusto de los señoritos. Y que deben todos tener un geniecito, que ya, ya. (Acercándose á segundo izquierda y llamando.) ¡Señoritas! El chocolate.

DEP. (Trae un frasco empaquetado.) Adiós, chico, ¿estás de cocinera?

SANT. No empieces á mortificarme.

DEP. ¡Claro, como eres el ojito derecho del señor Nicéforo!

SANT. Conmigo mucho cuidado, ¿estás?

DEP. Pues no estás tú muy quisquilloso... ¿Dónde está don Jaime?

SANT. Estará en su cuarto.

DEP. Voy á llevarle esto.

SANT. ¿Y eso, qué es?

DEP. (Leyendo el rótulo del frasco.) «Licor maravilloso».

SANT. Anda, vamos á tomar una copita.

DEP. Quita allá. Si esto sirve para teñirse el pelo. (Mutis primera izquierda.)

SANT. ¡Ah! ¡Já, já! Voy por el agua. (Mutis foro derecha.)

ESCENA XII

GLORIA y PURA

GLOR. ¡Ay! qué reventada estoy. Parece que me han dado una paliza. ¡Malditos viajes!

PURA Pues á mí me encanta el viajar. ¡Oh! ¡El ferrocarril! Ya lo dijo el poeta:

Y cruza ligero,
dejando á su espalda
oteros y lomas,
caminos, cañadas,
terrenos frondosos,
tierras esquilmadas,
espigas con granos...
y espigas sin nada.

¡Oh! delicioso.

GLOR. Mucho; pero el chocolate va á estar helado. Llama á Jaime que venga.

PURA Voy, tía. (Mutis primera izquierda.)

ESCENA XIII

GLORIA, DEPENDIENTE, SANTIAGO, luego PURA y JIMÉNEZ. Aparecen al mismo tiempo SANTIAGO y DEPENDIENTE

SANT. (Con una bandeja con vasos) Señorita, ya está todo.

DEP. (Ya se quedó echándose el agua milagrosa.) (Aparte á Santiago.) Adiós, pincha!

SANT. (Aparte al Dependiente.) Te voy á dar una morrá... (Se marcha foro derecha.)

PURA (Sale riéndose á carcajadas.)

GLOR. ¿Qué es eso?

JIM. Esto es para extrangular á cualquiera. (Sale con la cabeza teñida de negro.)

PURA ¡Já, já!

JIM. ¡No reirse!

GLOR. ¡Jesús! No le faltaba á usted más que eso para acabar de ponerse en ridículo.

JIM. ¡Señora!... ¿Dónde está ese bárbaro? ¡Lo voy hacer cisco!

GLOR. Eso hara usted, cisco como un carbonero. ¡Mudar de pelo como quien muda de camisa!

JIM. ¡Si yo no he querido teñirme!

PURA No señora. Fué el chico que trajo equivocado el frasco.

GLOR. Vaya, vaya, supongo que no saldrá usted de casa hasta que haya desaparecido esa obscuridad.

JIM. Pues supones muy mal, porque según anuncia el fabricante, no desaparece en los primeros tres años.

PURA Vamos, haced las paces.

JIM. Es que...

PURA Vamos. (Intenta aproximarse á los dos.)

GLOR. Me va á tiznar.

JIM. Gloria... (Se abrazan por cumplir.)

GLOR. Jaime.. (¡Uf! le huele la cabeza á gas.)

PURA El chocolate va á estar imposible.

JIM. Vamos.

GLOR. (Pero qué rarísimo está.) (Se sientan á la mesa, comenzando á desayunarse.)

JIM. (Dando un grito.) ¡Ah!

PURA ¿Qué es eso?

GLOR. ¿Te quemaste?

JIM. No, es que se me ha olvidado daros una noticia muy grande. Mi sobrino Jaime, el que estaba en América, ha llegado á Madrid y vendrá aquí de un momento á otro.

GLOR. Vendrá á vivir á tu costa.

JIM. Si es muy rico.

GLOR. (¡Sabe Dios cómo será!)

PURA (¡Rico!) ¿Y tiene toda la barba?

JIM. No sé, pero edad tiene para tenerla buena.

PURA (¡Dios mío! Un joven con toda la barba, mi bello ideal.)

GLOR. No nos faltaba más que un nuevo pariente, que de seguro será soez y ordinariote.

JIM. Te prevengo, que á mi familia, como si estuviera en el altar.

GLOR. ¿A mí imposiciones? No vendrá.

JIM. Pues sí, que vendrá y vivirá con nosotros, y se hará cuanto yo disponga.

PURA ¡Vamos!

GLOR. ¿Y quién es usted?

JIM. (Cogiendo un vaso.) ¡Gloria!...

GLOR. Anda, tíramelo.

PURA ¡Por Dios!...

JIM. Eres una vieja inaguantable.

GLOR. ¿A mí vieja? ¡Toma! (Le tira un bollo.)

PURA ¡Ay!

JIM. Ahora verás. (Le tira un plato.)

PURA ¡Jesús! (Se tiran á la cabeza todo el servicio, oyéndose al mismo tiempo una campanilla.) ¡Visita! ¡Visita! (Los viejos se reponen un poco. Pura procura recoger los trastos. Carlos aparece, siendo testigo de la recolección de los útiles de la refriega.)

ESCENA XIV

DICHOS, CARLOS

CAR. (Dentro.) No importa, soy de confianza.

PURA Es Carlitos. (¡Qué antipático!)

GLOR. (¡Qué oportuno! Si no fuera por mi marido ya hubiera yo plantado á ese tipo en la del Rey.)

JIM. Sí, es Carlitos. (¡Que no hubiera reventado!... Si no fuera por mi mujer...)

CAR. (Entra foro derecha y deja el abrigo y el sombrero en una silla. Este personaje hablará siempre en tono de suficiencia.) ¡Señoras! ¡Señor de Jiménez! ¿Qué tal ustedes?

JIM. Pues... tirando. (Todo lo que tenemos á mano.)

CAR. (Ya lo veo.) (Saluda á cada personaje sin mirarle á la cara y con un apretón de manos.) Mi querida señora doña Gloria, usted siempre tan distinguida.

GLOR. Gracias.

CAR. Purita, usted siempre tan encantadora (Al oído.) y tan cruel.

PURA (Y tú tan majadero.)

CAR. Y usted, mi querido señor don Jaime, tan famoso como siempre y tan rubio. (Gloria y Pura se ríen.) ¿Eh? Pero ahora que me fijo. (Figura ser muy corto de vista.) ¿Qué ha hecho usted de su cabeza? Está usted desconocido.

JIM. Pues le diré á usted, en el balneario...

CAR. No siga usted. ¡Una reacción química! (Para mí, que se ha teñido.)

GLOR. (No está mala reacción.) (Se sientan.)

CAR. Vaya, ¿dónde se ha pasado el verano?

GLOR. Después de las aguas, hemos estado algunas semanas en el pueblo de éste, en Arenillas.

CAR. ¿De los Frailes?

JIM. ¿Qué frailes?

CAR. Pregunto que si en Arenillas de los Frailes.

JIM. No señor, si...

CAR. Distingamos; porque hay muchas Arenillas.

GLOR. (Y tantas.)

CAR. Arenillas de Villadiego, en la provincia de Burgos: cereales y hortalizas.

JIM. ¿Eh?

CAR. Esa es la producción; y también tenemos el ya citado Arenilla de los Frailes en la provincia de Palencia, con telares de hilo.

PURA (Curso de Geografía.)

GLOR. Pues el pueblo de éste es Arenillas solamente.

CAR. ¡Ya, ya! provincia de Soria.

JIM. Sí señor, de ahí soy yo.

CAR. Pues ese pueblo no da más que ganado lanar.

JIM. ¡Hombre! también se criarán otras cosas. (A este tío le salto yo un ojo.)

CAR. No, amigo mío, no; ganado lanar únicamente.

GLOR. No seas pesado, hombre; cuando Carlitos lo asegura...

JIM. (¡Ganado lanar!... Tengo á este Carlitos sentado en la boca del estómago.)

PURA Con el permiso de este caballero voy á mi cuarto... ¿Me da usted las llaves, tía Gloria? Tengo que sacar unas cosas de las maletas. (Es insufrible.)

GLOR. Espera, que voy yo también. (No puedo resistir á ese tipo.) Con su permiso.

CAR. Señora. . (Al oído de Pura.) (Ingratona.)

PURA (¡Memo!) (Mutis Gloria y Pura segunda izquierda)

ESCENA XV

CARLOS y JIMÉNEZ

CAR. (¿Ha dicho que me teme?)

JIM. (Ea, ya me lo colgaron á mí solo.) Con el permiso de usted voy á mi despacho, tengo que firmar una letra...

CAR. Y yo con usted.

JIM. (No hay remedio. ¡Dios mío, que no venga ni la una ni la otra.)

CAR. (Fijándose en el retrato.) ¡Caramba! Buen retrato se ha hecho usted. Yo no lo conocía.

JIM. Un capricho de mi mujer, que se empeñó en que me retratara... El primer retrato que me han hecho en mi vida.

CAR. Está usted hablando.

JIM. ¡Cá! no señor, callado como en misa. ¡Y si viera usted qué cosa más rara!... Cogen una cosa como de goma, y plá, plá. Ya está.

CAR. Conozco el procedimiento. (Van á pasar.) Usted primero.

JIM. Entre usted. (Empujándole.)

CAR. (¡Canario!) (Mutis primera derecha.)

JIM. (Creí que estaba la puerta cerrada. A ver si se espachurraba las narices.) (Mutis.)

ESCENA XVI

ROSALÍA y SANTIAGO. Suena una campanilla. Rosalía habla con marcado dejo andaluz

SANT. Pase usted, que voy á avisar á la señora.

ROS. ¡Ay! Jesú, Jesú y qué sofocación de escaleras. ¡Ay, hijo! A mí deme usted bajos, deme usted bajos.

SANT. ¿Quién le digo que es usted?

ROS. Es inútil, porque no me conoce: pero hágame usted el favor de esperarse una mijita. Necesito enterarme de ciertas cosas...

SANT. Usted dirá.

ROS. ¡Ay, joven! Qué desgracia tener que servir. ¿Usted sirve?

SANT. ¡Anda, ya lo creo!

ROS. ¡Ay, hijo! pues lo compadezco á usted.

SANT. Muchas gracias. (¡Qué tipo!)

ROS. De fijo que le extrañará á usted que pregunte tanto; pero toda precaución es poca para una pobre huérfana.

SANT. (¡Pues no dice que es huérfana y tiene lo menos treinta años!) ¿Aviso á la señora?

ROS. ¡Ay! Avísele usted.

SANT. Voy. (Mutis segunda izquierda.)

ESCENA XVII

ROSALÍA; JIMÉNEZ, que aparece y hace mutis cuando lo indica el diálogo

ROS. ¡Ay, Jesús! Si alguien me hubiera dicho á mí que iba á tener que apencar á servir, hubiera dicho que estaba tocado. ¡Miste que yo con los pañales en que me crié!... ¡Vamos! ¡Si las volteretas que da el mundo, parecen novelas de esas que echan por debajo de las puertas! ¡Ay! Once veces he estado á punto de caramelo, es decir, pa casarme; y las once veces se me ha malograo. Y menos mal si llego á la docena, aunque sea la del fraile. (Mira por la segunda izquierda.) ¡Cómo tardan en venir!...

JIM. (Me dejé aquí la letra...) (Recoge la letra de sobre un mueble, y cuando va á marcharse, ve á Rosalía la conoce y se marcha corriendo por primera derecha, tapándose la cara con un pañuelo.) (¡Zambombal)

ROS. ¡Ay! Juraría que había corrido alguien. (Ve el retrato de Jiménez.) ¡Pero qué es lo que veo! ¡Carlitos! Sí, él es. ¡El muy pillo!... Luego en esta casa le conocen. ¡Ay, Carlos! Te cayó el gordo, es decir, la gorda. (Mira segundo izquierda.) Esta debe ser la señora. Disimulemos.

ESCENA XVIII

ROSALÍA, GLORIA

GLOR. Muy buenos días.

ROS. Dios se los dé muy buenos.

GLOR. (Tiene buena presencia.)

ROS. Me recomienda Nicéforo; me ha dicho que necesitan ustedes una criada modelo, y aquí me tiene para lo que guste mandar.

GLOR ¿Ha servido usted ya?

ROS. ¡Ay, no señora! Nunca.

GLOR. Bueno, yo necesito cocinera y doncella. Usted, desde luego, por su presencia, creo que se acomodará mejor á ser doncella.

ROS. Por la fuerza.

GLOR. ¿Cómo?

ROS. Por las fuerzas de las circunstancias. ¡Cómo ha de ser!

GLOR. Yo acostumbro á pagar cinco duros.

ROS. ¿Quiere usted callarse? No me hable usted á mí de salario. No me lo repita. (Que no me se olvidará.)

GLOR. Está muy bien. Respecto á la comida, todos comen igual que yo.

ROS. Yo, con un pedacito de queso me como una hogaza de pan.

GLOR. (No comerás queso en mi casa) Bueno, pues quedamos en que...

ROS. Sí, señora; dentro de una hora me tendrá usted aquí con mis líos.

GLOR. ¿Líos?

ROS. Sí, señora; con mis ropas. No vaya usted á creerse que yo soy liosa. ¡Ay! ¡Dios me libre!

GLOR No quise decir...

ROS. Ya, ya me irá usted conociendo. Ea, pues con Dios, y ahí le dejo eso para que lo examine.) Le entrega unos papeles enrollados.) Mi ejecutoria de nobleza.

GLOR. ¿Y para qué?

ROS. Señora, usted tiene derecho á saber á quién tiene en su casa. Yo no soy lo que parezco. Desgracias de familia, me han traído á esta situación tristísima en que me encuentro.

GLOR. (Me va á contar su historia.)

ROS. ¡Ay, señora! Los Marqueses de Guindamora, fueron ricos y poderosos. Tuvieron una hija que era el encanto de sus padres. Educada en el lujo y rodeada de comodidades. Hoy esa niña se ve obligada á mendigar una plaza de sirvienta.

GLOR. (¡Es una marquesa!)

ROS. ¡Ella, que tuvo á tantos á quienes mandar!

GLOR. ¿De modo que es usted marquesa?

ROS. ¡Ay! No, señora. ¡Ojalá! Esa es una historia que yo leí, y que se me quedó impresa por su semejanza con la mía.

GLOR. ¡Ah, ya!

ROS. Sí, señora, yo soy hija de padres aristocráticos, y nací...

GLOR. Ya me contará usted su historia. Hoy no tengo tiempo.

ROS. Como usted quiera. Ea, pues con Dios y con salud.

GLOR. Usted lo pase bien; y ya sabe que como cumpla bien en mi casa, será usted doncella toda su vida.

ROS. (No lo permita Dios.) (Mutis foro derecha.)

ESCENA XIX

GLORIA, PURA, NICÉFORO, CARLOS, JIMÉNEZ y JAIME. Se oyen grandes voces de Nicéforo y Jaime

GLOR. ¿Eh? ¿Qué es eso?

NIC. (Dentro.) Aquí está ya. Vengan todos.

PURA ¿Qué pasa?

JIM. (¿Se habrá marchado ya?)

CAR. (Aparte á Jiménez.) ¿Pero qué le sucede á usted?

JIM. (En seguida te lo voy á decir.)

JAIME (Dentro.) ¡Tío! ¡Tío!

JIM. Esa voz... ¡Sí! Es la de mi sobrino. (Va hacia el foro izquierda. A tiempo que entra Jaime á quien trae abrazado Nicéforo.) ¡Jaime!

JAIME ¡Tío!

NIC. El hijo pórdigo.

JIM. (¡Dios mío, que se haya marchado!)

JAIME Tío del alma. (Abraza é Jiménez.)

JIM. Aprieta, hombre, aprieta.

JAIME Querido tío.

PURA (¡Oh, qué apostura tan gallarda!)

JIM. Mira, mi mujer, tu tía Gloria.

JAIME Señora...

GLOR. (Pues no es lo que me había figurado.) Ten-

go un verdadero placer. Jiménez lo quiere á usted como á un hijo, y excuso decirle que...

JAIME Infinitas gracias.

JIM. Tu prima Pura, sobrina de mi mujer.

JAIME Señorita...

PURA Caballero... (¡Dios mío, tiene toda la barba!)

NIC. (¡Camará, y cómo se ha puesto la cabeza don Jaime!)

JAIME (Pues, señor, juraría que mí tío antes era rubio.)

CAR. (A Jiménez.) Preséntеme usted.

JIM. Jaime, nuestro mejor amigo don...

CAR. (Interrumpiéndole.) Carlos del Olmo Ferroso Tierno y Suélteme, doctor en Ciencias, Letras y Derecho, y catedrático, por oposición, del Instituto de Betanzos, donde tengo el honor de explicar las cátedras de Geografía é Historia Universal. Hoy en Madrid con licencia extra.

JIM. Una licencia superior de buena.

CAR. Extra-oficial.

JAIME (Dándole la mano.) Tengo un placer... (Pues señor, qué de cosas es este caballero.)

JIM. Señores: mi sobrino Jaime Ximénez, último miembro contemporáneo de los Ximénez de Arenillas.

PURA (¡Qué guapo, y con toda la barba!)

JIM. (¡Pero esa Rosalía!..) Vaya, hombre, sentémonos y cuenta qué ha sido de tu vida.

GLOR. (Es un joven muy fino.) (Se sientan todos procurando que Pura y Jaime queden juntos.)

JIM. (A Carlos.) Aquí donde usted le ve se ha llevado catorce años en América.

JAIME Sí señor.

CAR. ¡Oh! ¡la América! Ese gran continente que se extiende de Norte á Sur, entre el Océano Atlántico al Este, que lo separa de Europa, y Africa y el grande Océano ú Océano Pacífico al Oeste, que lo separa de Asia y Oceanía. Que tiene de longitud...

JIM. (Cortándole la palabra.) Vaya, hombre. ¿Y cuándo saliste de allí?

JAIME Hará unos seis meses.

CAR. (¡Qué groseros! No me dejaron terminar.)

JIM. ¡Todo ese tiempo!...

JAIME Un viajecito por Europa. Dos meses en Londres, otros dos en París y uno en Amberes.

CAR. ¡Oh, Amberes!

JAIME ¡Ya está en cátedra!

CAR. Departamento de Bélgica que confina al Norte y Nordeste con Holanda, al Este con la provincia de Limburgo y al Sur con la del Brabante belga. Superficie 2.832 kilómetros, siete milímetros. Con una población en Junio último de 600.000 habitantes.

GLOR. (¡Qué inaguantable!)

JAIME (Ahora verás.) Usted dispensará; pero creo que son 600.002 los habitantes.

CAR. No, señor, 600.000 redondos.

JAIME Es que la dueña del hotel donde viví en Amberes dió á luz dos niños hace un mes, por cierto también muy redondos; con que por lo menos esos dos habitantes más...

JIM. (Lo cogió.) (Todos se ríen.)

CAR (Espíritus simples.) Esos dos recién nacidos están incluídos en mi estadística. (¿Qué te creiste?

JAIME ¡Ah!... (Se puso en guardia.)

NIC. ¿Y qué tal de fortuna?

JAIME Más de cuanto podía apetecer.

PURA (¡Oh es muy apuesto!)

JAIME ¿Y qué me dices de mi casamiento?

GLOR. (¡Qué pregunta!)

JAIME Que ha tenido usted un gusto delicado y una afortunada elección.

GLOR. (Es muy simpático.) Es favor...

JAIME No, señora, justicia.

NIC. (Al oído de Pura, sin que ésta ni Jaime vean el juego, para lo cual se retira en seguida.) Tenemos que hablar.

PURA (¡Ah!) (A Jaime sin mirar.) Cuando usted quiera.

JAIME (¿Eh?)

JIM. ¿Y piensas ya quedarte en Madrid?

JAIME Sí, tío, aquí pienso establecerme.

NIC. ¡Qué! ¿Vas á poner un ultramarinos?

PURA (De repente.) No, no.

GLOR. ¡Hija! ¿Tú qué sabes?

PURA ¡Ah! Es. . que... (¡Qué vergüenza!)

JAIME Tiene razón esta señorita.

NIC. Como dijiste que te ibas á establecer...

JAIME Me voy á establecer pero sin establecimiento.

NIC. No he oído otra. ¡Vaya una rareza!

CAR. (Levantándose y pasando con aire distraído al sitio en que está Pura.) Nada de raro. La acepción de la palabra en este caso se refiere á permanecer estable; nunca al establecimiento.

NIC. Siempre se aprende.

CAR. (Está encantadora.) (Igual juego al oído de Pura que antes Nicéforo.) La adoro, tenemos que hablar.

PURA (¡Qué impetuoso!) (Aparte á Jaime.) Luego, en esta habitación.

JAIME (¿Qué tendrá que decirme esta señorita?)

PURA (¡Oh! Las simpatías siempre son mutuas.)

JIM. ¡Tú! ¿Quieres comer alguna cosa?

GLOR. Sí, ¿quiere usted desayunarse?

JAIME Muchas gracias, pero ya lo he hecho.

GLOR. Por lo menos comerá usted con nosotros.

JAIME Con sumo placer. (Jiménez hace señas á Gloria, haciéndole ver que convide á Carlos.)

GLOR. Y usted también, si quiere...

CAR. Señora: ante tantos ruegos, sería en mí gran descortesía el negarme.

JIM. (¡Pues no dice que le han rogado!) Tú, Nicéforo, hoy serás de los nuestros.

NIC. Bueno.

GLOR. (Ni da las gracias.)

NIC. (Por Pura.) (¡Qué rebonica que está!) No sé si tendré valor pa hablarla.)

CAR. Ahora yo, con el permiso de ustedes, me retiro; tengo que evacuar unos asuntillos... pero seré puntual...

JIM. (Tratándose de comer, no faltará.)

CAR. ¡Señora, señor de Jiménez, Purita! (A Jaime.) Usted me hará el honor de contarme entre sus más fervientes amigos.

JAIME Tantas gracias. Lo mismo digo.

CAR. Amigo Nicéforo, saldré por la tienda. (Hace que va á darle la mano y no se la da.)

NIC. De aquí á luego.

CAR. (Poniéndose el abrigo.) (¡Oh! ¡qué familia tan simpática y tan cariñosa!)

JIM. (¡Así te cogiera el tranvía!)

CAR. (¡Y cuánto me aprecian!)

JIM. Que á la una en punto, nos ponemos á engullir. (Suena la campanilla.)

GLOR. (¡Jesús qué palabrotas!)

CAR. (¡Engullir!) Seré puntual. (¡Oh! ¡engullir! ¡Barbarismo, barbarismo!) (Mutis foro izquierda.)

ESCENA XX

GLORIA, PURA, EMMA, JIMÉNEZ, NICÉFORO, JAIME y SANTIAGO, que viene por el foro derecha con una tarjeta

SANT. Señorito, ahí está una señora que se empeña en entrar, preguntando por usted.

JIM. (¡Ay, Dios mío! ¡La italiana!)

GLOR. ¿No ha dicho su nombre?

SANT. Me ha dado esta tarjeta. (La coge Gloria.)

JAIME (Es mi mujer.)

GLOR. (Leyéndola.) (¡Una cantante!) ¿Oiga usted, señor marido?

JIM. (Creo en Dios padre.)

GLOR. «La señora Emma Zansoni, soprano dramática.»

JAIME (¿No lo dije? Mi mujer. Buena sorpresa les voy á dar.)

JIM. (¿Y qué le digo yo?) Yo... no conozco á esa señora, que se marche.

GLOR. Dígale á esa señora, que pase. (Mutis Santiago.)

NIC. (Es la cómica.)

JIM. (¡Qué va á pasar aquí...!) (Aparte á Jaime.) ¡Por la Virgen Santísima! Acuérdate de Paca... (Se dirige primera derecha.)

JAIME (Tranquilícese usted.) (No comprendo á mi tío.) (Aparece en el foro Emma y Jaime la coge de la mano.) Tengo el gusto de presentar á ustedes á mi esposa, la señora Emma Zansoni.

JIM. (Me entendió. ¡Gracias, sobrino!) (De espaldas á todos.)

GLOR. (¡Su mujer!) (Se dirige á su encuentro.)

PURA (Cayendo desmayada en brazos de Nicéforo.) (¡Estaba casado! ¡Ay!)

NIC. ¿Qué es esto?

JAIME (¡Abrete, tierra, y trágame! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que el primero.

ESCENA PRIMERA

GLORIA, PURA

GLOR. (Que estará sacando ropa blanca de un mueble.) Anda tú, saca cristalería, ropas de cama y todo lo que haga falta.

PURA (¡Adiós sueños de felicidad!)

GLOR. Pero mujer, ¿en qué estás pensando?

PURA En lo que dijo el poeta:
Una ilusión que al alma le enamora
se desvanece en una mala hora.

GLOR. Bueno, pues deja de pensar en esas aleluyas, y piensa en lo que yo te estoy hablando. Sacas un juego de sábanas grandes de matrimonio.

PURA (¡Dios mío! ¡De matrimonio!) Está bien.

GLOR. De las de hilo.

PURA (Las sacaré de algodón y de las más bastas que encuentre.) ¡Ay!

GLOR. Hija: no suspires así, que parece que se te va á salir el corazón por la boca.

PURA ¿Y sabe usted si yo necesito ya mi corazón para nada? (Mutis segunda derecha.)

GLOR. ¡Qué sobrina tengo más romántica!

ESCENA II

GLORIA y JIMÉNEZ

JIM. (Sale primera derecha.) (Si no llega mi sobrino á prestarse á pasar por su marido, no sé qué hubiera sido de mí.)

GLOR. Pero hombre de Dios, ¿dónde te has metido? Tu sobrino habrá extrañado...

JIM. Tuve que hacer.

GLOR. Pues has hecho una grosería. Ni siquiera ha podido presentarte á su mujer.

JIM. Me revientan los cumplidos. ¿Y se marcharon, eh?

GLOR. ¡Cá! si se quedan aquí.

JIM. (¡Zambomba!) ¿Y en dónde están?

GLOR. En el cuarto que teníamos arreglado para mi hermano Felipe.

JIM. Pero oye: en esa pieza no hay más que una cama.

GLOR. Tratándose de un matrimonio...

JIM. Sin embargo; creo que has procedido muy de ligero al instarles que se quedasen.

GLOR. Me han sido los dos muy simpáticos, ella sobre todo, ¡qué inocentona parece!

JIM. Sí, ¡muy inocentona! ¡mucho! ¿y en dónde están ahora?

GLOR. ¿No te lo he dicho? Arreglándose en su habitación.

JIM. ¡Gloria! ¿qué has hecho?

GLOR. ¿Estás trastornado?

JIM. Es que están solos, voy allá. (¡Digo encerrados!)

GLOR. No vayas ahora, que estarán desnudándose.

JIM. ¡Pues por lo mismo! ¡Qué dirán! Que los hemos dejado solos. (¡Pues hasta ahí podían llegar las bromas!) (Mutis segundo derecha.)

GLOR. (A éste le pasa algo.)

ESCENA III

GLORIA, DEPENDIENTE

DEP. (Foro derecha con una sombrerera de cartón.) Señora, de parte de la modista. ¿Dónde lo pongo?

GLOR. ¿A ver? (Abre la caja.) ¡Ah! Sí: déjalo en ese gabinete. (Primera derecha. Entra el chico y Gloria desde la puerta.) Hombre, no sea usted torpe. Encima de un sillón. Así. (Vuelve el Dependiente.) ¿Y el juguetero de esa pieza que se llevó á barnizar?

DEP. En ca el ebanista.

GLOR. ¿Todavía? Hoy mismo que quede en su sitio.

DEP. Está muy bien.

GLOR. Usted y ese otro chico pueden traerlo. (Suena la campanilla.)

DEP. ¿Manda usted algo más?

GLOR. Vea usted quién llama. (Mutis chico, foro izquierda.

ESCENA IV

DICHOS y ROSALÍA

DEP. Entre usted, aquí está la señora.

ROS. (Trae varios líos de ropa y una guitarra enfundada.) ¡Servidora!

GLOR. Lleve usted todo eso allá dentro.

DEP. Venga. (Coge todos los bultos pero al ir á coger la guitarra le dice Rosalía.)

ROS. Mucho cuidado con eso.

DEP. (Anda, vamos á tener juerga.) (Mutis foro derecha.)

ESCENA V

GLORIA y ROSALÍA

GLOR. ¿Qué era eso?

ROS. Una guitarra.

GLOR. ¿Una guitarra?

ROS. Sí, señora: es lo único que conservo de mi Sevilla de mi alma; y si usted lo consiente, los domingos en que me toque salir...

GLOR. Qué, ¿se va usted á tocar por las calles?

ROS. ¡Ay! calle usted, por Dios, ¡mire usted que por las calles!... ¡Dios me libre! Decía, que si á usted no le molestaba, la tocaría en casa. Y si usted quiere que la enseñe...

GLOR. Muchas gracias. No estoy ya en edad.

ROS. Pues aunque me esté mal el decirlo, toco yo la guitarra con mucho estilo. ¡Y eso que desde el pisotón!...

GLOR. ¿Qué pisotón?

ROS. Uno que me dió en este dedo chico de la mano izquierda, un primo segundo mío, subiendo por nna escalera.

GLOR. Iría usted subiendo á gatas, porque si no no se comprende...

ROS. ¡Ay! no, señora, fué subiendo por una escalerilla de mano para colgarme un cuadro. Yo la sostenía y ¡pum! me lo aplastó.

GLOR. ¡Ah! ya.

ROS. Desde aquel pisotón no he vuelto á levantar cabeza.

GLOR. (Habrá querido decir el dedo.)

ROS. ¡Ay! ¡Las falsetas que yo hacía! Ya verá usted todavía los primores que hago con los trastes.

GLOR. (¡Qué mujer!) Más cuenta me tendrá que los haga usted con los trastos de mi casa.

ROS. ¡Qué ocurrente! ¡Já, já!

GLOR. Vaya, pues encárguese usted ya de sus funciones y quítese ese traje... Mientras viene la cocinera, usted tendrá que meterse en la cocina.

ROS. En seguida. Ya verá usted qué batas tengo; de seda antigua que no la pasa un puñal, aunque las pobres son impeñables. Recuerdos de mis ilustres abuelas.

GLOR. ¿Y se va usted á poner batas de seda para guisar?

ROS. Señora, no tengo otra ropa. Como no he servido nunca... Ya me haré un vestidito más modesto.

GLOR. Está bien.

ROS. Sí, señora; en cuanto usted deseche el que lleva.

GLOR. Bueno, yo veré si tengo por allá dentro algo que la sirva.

ROS. ¿Se molestaría la señora si le diera las gracias?

GLOR. Quite usted.

ROS. ¿Y si le hiciese una pregunta?

GLOR. Tampoco, diga usted.

ROS. ¿Viene por aquí un señor que se llama don Carlos del Olmo?

GLOR. Con sobrada frecuencia. ¿Usted le conoce?

ROS. Demasiado. Pues nada, ví ese retrato y me lo calé.

GLOR. Sí, es muy amigo de mi esposo.

ROS. ¡Ay, señora! Ese hombre me dió una puñalada trapera.

GLOR. ¿Qué está usted diciendo?

ROS. Sí señora. Me dió palabra de casamiento; y de pronto una mañana, buenas noches.

GLOR. ¿Eh?

ROS Ná, que se las piró por pies y hasta hoy.

GLOR. Vaya con don Carlos, un hombre que siempre está predicando moral. Fíjese usted de los hombres.

ROS. Tiene usted razón; le hace una caso al primero que llega y...

GLOR. ¿Y usted le hace caso al primero que llega?

ROS. ¡Qué quiere usted! Una pobre huérfana como una servidora, no está en el caso de reflexionar.

GLOR. (Pues señor, ¿qué mujer he admitido en mi casa?)

ROS. Por supuesto, que mi conducta es un cristal límpido y brillante.

GLOR. Vaya, más vale así; pero tenga usted mucho cuidado, que el cristal es muy quebradizo.

ROS. Le agradezco á usted la intención.

GLOR. Muy bien; pues por ahí se va á su cuarto. (Señala foro derecha.) ¡Ah! y si ve usted á don Carlos, le prevengo que en mi casa no permito ninguna palabra más alta que otra.

ROS. Descuide usted (todas serán por las nubes.) (Vase foro derecha.)

GLOR. (Me parece que esta mujer no hará huesos duros en mi casa.) Vamos a continuar preparándolo todo. (Coge ropa blanca y vase segunda derecha, tropezando con Pura que viene abstraída leyendo un libro.) ¡Jesús! ¿Estás ciega? (Mutis.)

ESCENA VI

PURA (lee)

Una flor y una abeja se encontraron
y un instante sus almas confundieron;
mas fuertes huracanes las barrieron
aunque aquéllas de amarse no cesaron.
(Arroja el libro sobre la mesa.)

¡Ay qué desilusión tan grande! ¡Tantas dichas como había forjado en mi imaginación! ¡Y resultar casado! ¡El infame! Entonces, ¿para qué me pediría una cita con tanta insistencia? ¡Es inicuo lo que ha hecho! Nada, estoy decidida. ¡Adiós esperanzas! Me casaré con Nicéforo. Y así como así, si se dejara el bigote y la barba. . no estaría feo. ¡Qué había de estar feo! ¡Y me quiere de un modo!... Y además, es muy rico también. ¡Pero si me va á ser imposible! Si dice *haiga* y *malacatón*, si... (Aparece Nicéforo en el foro.) (¡El!)

ESCENA VII

PURA y NICÉFORO

NIC. (¡Contra! no voy á poder abrir la boca.)
PURA (Lo animaré.) ¿Qué hay, amigo Nicéforo?
NIC. Ná, (que no me atrevo.)
PURA (Riéndose.) Pues eso es bien poco.
NIC. ¿Cuálo?
PURA Nada. (Decididamente es muy bruto.)
NIC. Pues... (Ea, allá voy.) Miste, señorita Purita.
PURA ¿Qué?
NIC. ¿Querría usted leer unos versicos que le traigo?
PURA ¡Sí! ¿Y quién es el autor?
NIC. ¡Cá! si no tienen autor. ¡Já, já!
PURA ¿Cómo es eso?
NIC. Porque los he escrito yo.
PURA ¡Hola! ¿Nos ha resultado usted poeta? (Nicéforo se ríe.) ¿A ver, á ver esa poesía?
NIC. ¿Cuala?
PURA La que usted ha escrito.
NIC. Si no es poesía son unos versicos...
PURA Vengan, hombre, vengan.
NIC. (Saca un papel liado como si fuesen polvos, y de él una cuartilla doblada repetidas veces.) Tome usted. Pero léalos pa usted, y muy bajico, pa que no me dé vergüenza.
PURA Veamos. (Lee.) «No cantes más la Africana, vente conmigo á Aragón...» ¡Esto es de *El dúo de la Africana!*
NIC. (¡Camará, ya se enteró.) La verdad, ya que lo ha descubierto usted, le diré que los he copiado yo mismo esta mañana y... ¡con segunda!
PURA ¿Eh?
NIC. Con segunda intención por lo de «Vente conmigo á Aragón.» ¡Já, já!
PURA Pero...
NIC. ¿No ha comprendido usted entoavía que es que la quiero á usted más que á nadie en el mundo, y que estoy dispuesto hasta á casarme con usted? (La solté.)

PURA Gracias por el sacrificio.

NIC. No hay de qué. Pero dígame que me aceta. Dígame una sola palabrica, una sola, y antes de un mes será usted la reina de mi casa y la alegría de mi vida.

PURA (¡Oh! El amor le inspira)

NIC. Qué, ¿no quiere usted contestarme?

PURA ¿Qué quiere usted que le diga?

NIC. Mu poca cosa, ná más é que sí.

PURA (Y nadie me querá como éste.) ¡Por Dios! Nicéforo, así tan de improviso... ¿Sería usted capaz de traspasar la tienda?

NIC. Yo traspaso todo lo que usted mande.

PURA En ese caso...

NIC. ¡Ole! Bendita sea usted, digo, bendita seas. ¡Estoy loco de alegría!

PURA ¡Eh, poco á poco; hay una condición!

NIC. Suéltela; toas me parecen designificantes.

PURA Que se dejara usted crecer el bigote y la barba.

NIC. Pero...

PURA Es un capricho.

NIC. Bueno. (¡Me ha fastidiao!)

PURA Ahora, nos separamos.

NIC. ¡Tan pronto! ¿Y sin decirme siquiera una cosica de cariño?

PURA (Dejándole la mano.) Adiós, y que piense usted en mí. (Nicéforo le coge la mano y se la besa repetidas veces.) ¡Pero por Dios! ¿Qué hace? (Retira la mano.)

NIC. Na, reventar de alegría.

PURA Hasta luego. (Mutis segunda izquierda.)

ESCENA VIII

NICÉFORO y JIMÉNEZ

JIM. (Viene preocupado hablando solo, sin hacer caso de lo que dice Nicéforo.) (Esa mujer tiene que desaparecer.)

NIC. ¡Ay, don Jaime de mi alma, que aceta, que me quiere!

JIM. ¡Es imposible!

NIC. ¿Cómo imposible?

JIM. ¿Qué diablos estás diciendo?

NIC. Que me ha dicho que sí, pero pone una condición mu pelúa.

JIM. Sí, eso es lo mejor; no hay otro remedio.

NIC. ¿Que no hay otro remedio? ¡Pero si no me nace!

JIM. ¿Pero de qué estás hablando?

NIC. Está usted embobao.

JIM. Tienes razón. Lo que á mí me está pasando, es para hacer perder la cabeza al más pintado.

NIC. Pues más pintao que usted...

JIM. ¡Para bromas estoy yo!

NIC. ¡Pues miste que yo!

JIM Bueno, ¿qué te sucede?

NIC. Que se empeña Purita en que me he de dejar la barba.

JIM Pues déjatela.

NIC. Si no me nace.

JIM. Pues no te la dejes, mira: yo no estoy para fijarme en esas tonterías. Me ahogarían con un cabello. ¡Ay, Dios mío! ¡Cuando mi mujer se entere!; porque yo no sé si se enterará... pero me da el corazón que sí.

ESCENA IX

DICHOS, CARLOS foro derecha

CAR. (Deja el abrigo junto á la puerta.) Ruego á usted, mi querido señor de Jiménez, que me perdone si llego con atraso.

JIM. (No nos faltaba más que este.)

CAR. Pero, amigo mío, este Madrid, con tanto mendigo, está intransitable. Más de veinte minutos ha venido uno acosándome, sin dejarme andar.

JIM. (Bueno.)

CAR Y es asombrosa la imaginación de esas gentes. ¡Las cosas que me decía! Que era viudo con tres ó cuatro hijos; quo no comía desde la última vez. ¿Qué sé yo?

JIM. (¡Y dale!)

NIC. (Paice que le dan cuerda.)

CAR. Y yo, resistiéndome hasta que me dijo una cosa que por el ingenio que revelaba me hizo darle una limosna. Adivine usted lo que me dijo.

JIM. (El momento es oportuno para adivinanzas.) ¡Vaya usted á saber!...

CAR. Pues.. que tenía un sobrino bizco. ¿Eh, qué tal?

JIM. (Ya me figuraba yo que sería alguna majadería.) Usted sí que se va á quedar bizco con la noticia que le voy á dar.

CAR. ¿Qué ocurre?

JIM. Cosas tremendas.

CAR. ¡Demonio! ¿Me alarmo?

NIC. Sí señor.

JIM. Me ha caído la lotería.

CAR. ¡Hombre! ¿Y qué le ha caído en suerte?

JIM. El gordo y su aproximación.

CAR. ¿Eh?

JIM. ¿Recuerda usted cuánto le conté antes en mi despacho de una artista que conocí en el balneario? Pues ha venido.

CAR. ¿A Madrid?

JIM. Sí señor; y lo que es peor, está en casa y dispuesta á quedarse aquí.

CAR. Malo, malo, malo. ¿Y qué ha hecho usted?

JIM. Por el pronto mi sobrino se ha prestado á presentarla como si fuera su mujer.

CAR. (Usurpación de estado civil); continúe usted.

JIM. Que esto no puede prolongarse. Porque, mi mujer y mi sobrina intiman con ella...

CAR. ¿Y su sobrino?

JIM. Esa es otra—digo, es otro. Figúrese usted que mi mujer les ha arreglado una sola habitación para los dos.

CAR. (Corrupción de menores.) Mal negocio es este.

JIM. En usted confío. Ilústreme usted.

CAR. Hay que pensarlo.

JIM. A mí se me ha ocurrido el veneno.

CAR. ¿Para usted?

JIM. ¡Cá! no señor, para ella.

CAR. Eso cae bajo el peso de la ley.

NIC. Se me ha ocurrido un medio. Llevármela con engaños hasta la tienda, y encerrarla entre los sacos de los garbanzos.

CAR. Un desatino.

JIM. Calla, caería bajo el peso ese que dice don Carlitos.

NIC. (Donde caería es bajo el peso de los sacos.)

JIM. Sólo se me ocurre un medio,

CAR. Veamos.

JIM. Que fuera usted capaz de sacrificarse por un amigo.

CAR. ¿Qué pretende usted?

JIM. Que me salve de esa mujer.

CAR. ¿Cómo?

JIM Hablándole á lo hondo.

CAR. Esas mujeres son todo superficie.

JIM. Acaso si usted le hiciera el amor...

CAR. Eso, de ninguna manera. Ni mis antecedentes, ni mi posición social, ni mi modo de ser me permiten...

JIM. ¡Don Carlitos!

NIC. Misté que es muy guapa.

CAR. ¿Guapa? No señor de ninguna manera. Si cualquiera se enterase...

JIM. ¿Por una vez quién lo va á saber?

CAR. No me encuentro...

JIM. Vamos, ¿consiente usted?

CAR. No sé resistirme ante esas súplicas; pero asegúreme usted, que nadie sabrá una palabra de esto.

JIM. Se lo juro.

NIC. Y yo.

CAR. Está bien. En todo caso, usted será el responsable ante Dios y los hombres de cualquier acto no correcto que pueda cometer.

JIM. Yo cargo con todo.

CAR. Bueno: ¿dónde está esa señora?

JIM. Mudándose.

CAR. Qué, ¿también se trae sus muebles?

JIM. Mudándose el traje del camino.

CAR. Haga usted que venga y déjenos solos.

JIM. Voy. No olvidaré este favor mientras viva. (¡Qué diíta, Dios mío, que diíta!) (Vase segunda derecha.)

ESCENA X

DICHOS menos JIMÉNEZ

NIC. ¿Si tuviera usted la bondad de darme un consejo?

CAR. Usted dirá.

NIC. ¿Qué haría yo para dejarme la barba?

CAR. (¡Qué pregunta!) Dejar de afeitarse.

NIC. Si yo no me he afeitado nunca.

CAR. Entonces eso es señal de que no tiene usted humor capilar, en cuyo caso, mientras que el germen no exista, el brote se hará imposible, al menos que causas exteriores motívenlo artificialmente, ora excitando la dérnis con materias y productos estimulantes, ora sirviéndonos de la epidermis como medio ó vehículo que nos permita llegar al fin propuesto, usando procedimientos empíricos y terapéuticos y reacciones químicas conducentes al desarrollo capilar. ¿Ha comprendido usted?

NIC. Sí, señor, si está muy claro. (¡Camará! nunca entiendo una palabra de lo que me dice el tío este.)

CAR. Ahora, márchese que va á venir esa señora y conviene que me encuentre solo.

NIC. Pues con Dios, y tantas gracias por la receta. (Mutis foro derecha.)

ESCENA XI

CARLOS: ROSALÍA con una bata de seda de color

CAR. Me parece que no he debido acceder...

ROS. (Por aquí debe andar la señora... ¡calle! un caballero.)

CAR. (¡Ella! Adoptemos una actitud elegante.)

ROS. Usted dispense... creí. .

CAR. Señora: ¿tengo el alto honor de hablar y sa-

ludar á una de nuestras primeras figuras de la aristocracia del arte?

ROS. De la aristocracia, sí, señor. (¿Quién será este?)

CAR. (Inmodesta como toda artista.) Me lo había figurado, al ver tan bien hermanadas, en usted, la mayor elegancia y arte más exquisitos.

ROS. Muchas gracias. (¡Qué hombre tan fino!)

CAR. (Decía don Jaime que era una niña... Vale la pena, pero ya no es tan niña.) Si fuese usted tan amable que me dispensase el honor de escucharme cinco minutos...

ROS. Con mucho gusto. (¿Qué me querrá?)

CAR. ¡Cuánta amabilidad!

ROS. Los Pinoverdes de mi familia, se han distinguido siempre por eso.

CAR. ¿Por verdes?

ROS. ¡Ay! no, señor, por la amabilidad.

CAR. ¿Por ventura pertenece usted á los Pinoverdes de Andalucía? Porque yo conocí mucho á un distinguido profesor de solfeo en Granada...

ROS. ¡Ay! sí, señor; mi tío Frasquito. ¡El pobre murió hace dos años!

CAR. ¡Qué me dice usted!

ROS. Sí, señor; completamente. ¡Pobrecito! (Llora.)

CAR. ¡Por Dios, no se conmueva usted!

ROS. Es que usted no sabe lo que era.

CAR. Profesor de solfeo.

ROS. Digo lo que era para mí.

CAR. Vaya, ¿con que es usted andaluza?

ROS. Del propio Sevilla.

CAR. (Yo he debido ya hacerle algún elogio de su voz.)

ROS. (Muy alto.) ¡Ay mi Sevilla!

CAR. Señora... ¡Qué voz la de usted!

ROS. Qué, ¿le molesta que hable tan alto?

CAR. ¡Qué disparate! Pero tome usted asiento.

ROS. No me atrevo.

CAR. Yo se lo suplico.

ROS. En ese caso... (Se sienta en el sofá.)

CAR. A usted le extrañará que la haya hecho venir.

ROS. ¿Usted?

CAR. Sí, señorita. Y conste que la llamo señorita, porque me consta que no está usted casada. (Ya se la solté.)

ROS. ¿Usted me conoce?

CAR. ¡Oh! pero ante todo he de hacerla un advertencia muy importante.

ROS. Venga ya. (Me escama este señor.)

CAR. El amo de esta casa, propietario, casado y mayor de edad...

ROS. (Este es el encargado de hacer el padrón.)

CAR. Ha muerto.

ROS. ¡Jesús! ¡Pobrecito señor!

CAR. Ha muerto moralmente.

ROS. ¡Ah! ya.

CAR. Sí señora: está decidido á dedicarse por completo á su Gloria.

ROS. ¡Ah, vamos, haciendo penitencia!

CAR. No sea usted mordaz. Pues bien: ya convenido este punto, yo, como hombre de mundo, y al mismo tiempo no pudiendo resistir á los encantos de sus gracias físicas...

ROS. No siga usted. Yo soy una huérfana honrada.

CAR. (Me he apresurado. Yo no sirvo para esto.) No lo dudo. Una honrada huérfana que posee un nido de ruiseñores en su garganta.

ROS. ¡Ay! calle usted, por Dios, me hubiera ahogado.

CAR. ¡Qué voz la de usted!

ROS. (Nada, se ha enamorado de mi voz.)

CAR. Sí, bellísima...

ROS. Rosalía.

CAR. Pues bien, Rosalía, la voz de usted sólo puede compararse á la de los serafines.

ROS. Los Argüelles de mi familia se han distinguido siempre por la voz.

CAR. ¡Oh! ¡Cómo canta usted!

ROS. ¿Usted me ha oído?

CAR. ¡Y me lo pregunta!

ROS. No sé dónde haya usted podido oirme cantar.

CAR. No me lo pregunte, no me lo pregunte. (Que no sabría qüé contestar.) ¡Ay, Rosalía! (Yo me lanzo.) (Se balancea.)

ROS. (Parece un acordión encogiéndose y alargándose.)

CAR. (Allá voy.) ¡Rosalía! Yo la amo á usted, desde hace mucho tiempo. (Me revientan estas mentiras.)

ROS. ¿Sí?... ¿Desde cuándo?

CAR. Hace ya mucho tiempo.

ROS. ¡Ay, hijo, qué reservado es usted! (¿Será verdad?)

CAR. Sí, Rosalía, sí; y nosotros nos vamos á marchar ahora mismo de esta casa.

ROS. ¡Caballero! Ya le he dicho que soy una huérfana honrada.

CAR. (Nada. Que yo no sirvo para esto.)

ROS. Y que no cedo de mi deberes ni un ápice. Los Vargas Machuca de mi familia siempre se han distinguido por su rigidez de principios. (Le vuelve la espalda.) Por este lado yo soy Vargas.

CAR. Machuca.

ROS. Sí, señor.

CAR. Pero es que mi amor es puro.

ROS. (Se vuelve otra vez.) ¿Pero es de verdad cuanto hacia Carlos me dice? Porque yo no sé si debo escuchar á usted, que sin duda ignora mi equívoca posición en esta casa.

CAR. (Y tan equívoca.) Lo sé todo y os amo con verdadera locura. (No lo sé hacer mejor.)

ROS. Pues bien, si como creo no es usted un pérfido, esta es mi mano.

CAR. (Besándole la mano.) ¡Oh, mano bellísima!

ROS. (Manteniendo suelta la mano, á la altura de la boca de Carlos y con la cabeza vuelta.) ¡Por Dios, suélteme usted la mano!

CAR. Pero... (¡Canario, qué perfume tan extraño! Juraría que huele á cebolla.) (Se limpia los ojos con un pañuelo.)

ROS. (Se ha emocionado.)

CAR. (Me lloran los ojos. Indudablemente ha andado con cebolla. Estas artitas, ¡qué caprichosas!) (Se levanta.) (Ya es mía.) Es preciso que olvide usted y abandone esta casa, que es un motivo constante de humillación para usted.

ROS. Déjeme el día de hoy para reflexionar.
CAR. ¡Imposible! Todo lo más media hora.
ROS. Bueno, y diga usted, ¿no casaremos de seguida?
CAR. En cuanto que salgamos.
ROS. ¿Cómo?
CAR. Digo, que cuando salgamos hablaremos de lo que haga falta. (Yo no sirvo para estas cosas.)
ROS. ¡Qué feliz soy!
CAR. (¡Cómo saldremos de estos líos!)
ROS. (Mirando segunda derecha.) La señora viene.
CAR. Mucho disimulo.

ESCENA XII

DICHOS y GLORIA

GLOR. (Ya se han encontrado éstos. ¡Jesús, pero esta mujer está loca! ¡Cuidado el vestido que se ha puesto!) (A Rosalía, aparte.) Oiga usted, márchese allá dentro y...
ROS. ¡Señora!...
GLOR. (¡Sabe Dios el escándalo que habrá armado con Carlos!) Ya le dije á usted antes que en mi casa no quiero escándalos.
ROS. Pero...
GLOR. Máachese usted.
ROS. (¡Jesús, qué señora! (Aparte á Carlos.) (Cumpliré mi promesa.)
CAR. (Aparte á Rosalía.) (Sólo media hora.)

ESCENA XIII

GLORIA y CARLOS

GLOR. ¡Ha visto usted, Carlitos, qué mujer?
CAR. ¡Oh, tiene usted en su casa á una artista eminente!
GLOR. (Muda de conversación: se conoce que no le conviene.) ¿Lo dice usted por mi sobrina política?

CAR. ¡Qué voz! ¡Qué voz la suya! ¡Qué arte tan extraordinario, y sobre todo, cómo canta! ¡Con qué afinación!

GLOR. ¡Ah! ¿Usted la ha oído?

CAR. No he tenido ese placer.

GLOR. Como dice usted que canta con tanta afinación...

CAR. Porque siendo de la familia de usted, aunque no sea más que por afinidad, no es posible que desafine.

GLOR. ¡Ah! ¡Ya!

CAR. (Si ésta supiera.)

GLOR. (Se pasa de fino) (Se oye gran ruído, como de romperse loza y cristalería) ¡Jesús ¡Alguna atrocidad de ese bárbaro; usted dispense. (Llamando.) ¡Santiago! ¡Santiago!

ESCENA XIV

DICHOS y SANTIAGO

SANT. ¿Llamaba la señora?

GLOR. ¿Qué ha roto usted?

SANT. Yo, nada.

GLOR. Mentira. Ese ruído...

SANT. Pero no he sido yo. Ha sido la criada nueva, que como lleva tanta tela en las faldas, se le enganchó en una pata de la mesa y ¡velay!

CAR. (¡Velay! Este es de Valladolid.)

GLOR. Pero esa mujer es imposible. Acaba de entrar en mi casa y ya me ha roto toda la vajilla.

SANT. Yo ya se lo decía: miste que eso no se agarra asina, y ella cada vez que yo le decía algo ¡pum! me arrempujaba.

CAR. (¡Arrempujaba! no, no es de Valladolid.)

GLOR. Bueno, bueno; ya voy yo para allá dentro. Con su permiso voy á ver qué destrozo ha hecho.

CAR. ¡No faltaba más!

GLOR. Usted queda en su casa. (¡Qué lata de hombre!) (Mutis foro derecha.)

ESCENA XV

CARLOS, JIMÉNEZ y JAIME

JIM. ¿Qué hay? (Sale por segunda derecha.)
CAR. Que me la llevo.
JIM. ¡Ole! (Viendo á Jaime que viene por foro derecha.) Verá usted cuando se entere mi sobrino.
CAR. Graciosísimo.
JAIME ¡Querido tío!
JIM. ¡Granuja! Parece que te va bien en tu nuevo estado.
JAIME Perfectamente.
CAR. (Es ingenuo.) ¿Y qué tal su nueva señora? (Se ríen Carlos y Jiménez.)
JAIME (Qué risas tan estemporáneas.) Tenía un fuerte ataque de jaqueca que ella padece y se ha quedado un poco dormida...
CAR. ¡Jaqueca! ¡Já! ¡já!
JAIME No comprendo á qué viene esa risa.
JIM. Mira; el señor lo sabe todo.
CAR. Todo.
JAIME Ya lo noté antes. Sobre todo, en geografía está muy al corriente.
CAR. ¡Ah!
JIM. Digo, que está enterado del lío gordo.
JAIME ¿Sí?
CAR. Sí señor, y quizá, quizá más que usted.
JAIME (Pues señor, sigamos la broma.) ¿Y qué hay de nuevo?
JIM. Casi nada: que te ha desbancado.
JAIME ¡Hombre! que sea enhorabuena. (Vamos, están de buen humor.)
JIM. Figúrate que le ha hecho creer don Carlitos que está enamorado como un burro y...
CAR. ¿Qué es eso de como un burro?
JIM. Es una comparanza.
CAR. Habrá usted querido decir comparación.
JIM. Si lo hubiese querido decir lo hubiera dicho.
JAIME ¿Quieren ustedes explicarme de una vez?
CAR. (Dándole una palmadita.) ¡Guasón!
JAIME ¿Eh?

JIM. Don Carlitos se ha brindado á salvarme de esa mujer.

JAIME ¿De qué mujer?

CAR. (Palmadita) De la de usted.

JAIME ¡Caballero! (¿Qué dice este hombre?)

JIM. Mira, la cosa no es para tomarla á broma. Ya ves tú si mi mujer se entera.

CAR. Figúrese usted.

JAIME ¿Qué lío y qué mujer es esa? Hágame el favor de aclararme este misterio.

JIM. Que esa señora... (Voz dentro de mujer llamando á Jiménez.) (¡Demonio! mi sobrina.) (Grita.) ¡Voy! Conste que á pesar de que has abusado de mi confianza, te agradezco cuanto por mí has hecho. (Mutis segunda izquierda.)

ESCENA XVI

DICHOS, menos JIMÉNEZ

CAR. ¿Conque qué le parece?

JAIME Me parece que ya es hora de que me digan qué significan estas bromas.

CAR. Amigo mío, (Con tono jovial.) que me llevo á su mujer de usted.

JAIME Le prevengo que no estoy dispuesto á consentir más burlas en que se mezcle el nombre de mi mujer.

CAR. Jiménez me lo ha contado todo.

JAIME ¿Y qué es todo?

CAR. Que esta mañana se presentó aquí esa señora, y que usted, para evitar el escándalo, la ha hecho pasar por su mujer.

JAIME ¡Caballero! (¿Hablará en serio?)

CAR. Pero ya está todo arreglado. La he conquistado.

JAIME ¿Usted? (Lo pulverizo.)

CAR. Yo, sí señor; y me la voy á llevar.

JAIME (No sé cómo me contengo.) ¿Con que se la lleva usted?

CAR. Sí, señor; me la llevo.

JAIME ¡Basta ya!

CAR. ¿Eh?

JAIME Lo que se va usted á llevar, son dos bofetadas por estúpido y mentecato

CAR. ¿Mentecato? ¡Oiga usted! ¡Qué se entiende! ¿A mí mentecato? ¿A un Doctor en Ciencias, Letras y Derecho?

JAIME A usted, sí, señor, que me dará una completa satisfacción de cuanto ha dicho, ó no respondo de mí.

CAR. (Esto se pone muy malo.) Por lo visto, toma usted en serio su papel de marido.

JAIME Lo tomo como debo y como me parece conveniente. ¡Y basta ya de mentecatadas!

CAR. (Esto de mentecato me hiere más que una puñalada.) A su tío de usted con esas mantecadas—digo—con esas mentecatadas. El me lo ha contado todo.

JAIME ¿Habla usted en serio?

CAR. Sí, señor; yo siempre hablo en serio ¡vaya!

JAIME Está bien: me enteraré de cuanto haya, y si ha querido usted reirse á mi costa, nos entenderemos.

CAR. (En buen lío me he metido, digo me han metido.)

JAIME (Debe de haber una equivocación en todo esto.)

CAR. (Mirando foro derecha.) Ahí viene.

JAIME ¿Quién?

CAR. La que dice usted que es su esposa.

JAIME Y que lo es en efecto.

CAR. (¿Será verdad?)

JAIME (¡Ah, qué idea!) Oiga usted, voy á esconderme detrás de ese portier y usted reclame la promesa de marcharse juntos. (Así saldré de dudas.)

CAR. Pero diga usted, ¿y si acepta?

JAIME Si es cierto cuanto usted me ha contado, someteré la cuestión á este árbitro. (Enseña un revólver.)

CAR. ¡¡Eso es una arbitrariedad!!

JAIME Ni una sola demostración de que estoy ahí, porque salgo y.. (Acción de disparar.)

CAR. Comprendido. (Me temo que va haber una cátedra vacante.) (Se oculta Jaime tras el portier de primera izquierda y aparece Rosalía.)

ESCENA XVII

DICHOS, ROSALÍA

ROS. Transcurrió la media hora y estoy á sus órdenes.

CAR. (Haciéndole señas.) ¿Qué, qué desea usted?

ROS. ¿Eh?

CAR. (Esto no le sucede á nadie en el mundo.)

JAIME (Mirando.) (¡Já, já! Bien decía yo que no era mi mujer. No era posible. ¡Buen chasco! Voy á ver al tío.) (Se marcha riéndose sin que lo noten.)

ESCENA XVIII

ROSALÍA y CARLOS

ROS De pira, en cuanto usted quiera.

CAR. ¡Silencio, por Dios!

ROS. ¿Qué le pasa, amor mío?

CAR. (Cátedra vacante.) ¡Señora! No sé con qué derecho me llama usted su amor. (Le hace muchos señajos.)

ROS. ¡Qué estoy oyendo! ¿Se ha vuelto usted loco?

CAR. (Encogiéndose.) (¡Ahora dispara!)

ROS. ¿Por qué se encoge? ¿Por qué no contesta?

CAR. (Así te quedaras muda.) ¡Señora!...

ROS. Puede usted creer que yo no he querido á nadie en este mundo como á usted.

CAR. (Mirando al portier.) (¡Cómo brilla el revólver!...)

ROS. ¿Pero qué hay en esa portié?

CAR. (¡Canastos!) Nada, nada. ¿Le he dicho yo á usted algo de ese portier?

ROS. Pero, ¡por Dios! ¿qué le sucede? Está usted nervioso. (Quiere cogerle una mano y Carlos rehuye.)

CAR. (¡Ay!) ¡Suélteme usted, señora!

ROS. ¿Qué es eso, se vuelve usted atrás? ¿No quiere usted ya que nos marchemos?

CAR. ¿Está usted loca? ¡Yo marcharme con usted! (Ahora saca el árbitro.)

ROS. ¡Ay! A mí me va á dar algo. Ha abusado usted de mí.

CAR. (¡Caracoles!) Eso es falso.

ESCENA XIX

DICHOS y JIMÉNEZ

JIM. (Aparece tras el portier.) (¿Eh? ¿Con quién disputará don Carlitos? Esa voz...)

ROS. ¡Ay! qué desgraciada soy; abusar de este modo de una pobre huérfana.

CAR. (Ya ha montado el revólver.) (Vuelve á señalar el portier.)

JIM. (¡Zambomba! Me parece que es Rosalía.)

ROS. Ea. Ya me he cansado de tanto señajo. ¿Qué hay en este portié? (Levantándolo.)

CAR. (¡Pies, para qué os quiero!) (Mutis foro derecha, dejándose olvidado el abrigo.)

ROS. ¡¡Carlos!! (Retrocediendo.)

JIM. ¡¡Rosalía!! (Caen desplomados cada uno en una butaca.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

ROSALÍA y JIMÉNEZ. Rosalía, desmayada en la misma butaca en que cayó al final del acto anterior, y Jiménez junto á ella

JIM. ¡Dios mío de mi alma! Las dos en un mismo día. Y esta es más gorda. Porque ésta vuelve en sí y me arma un escándalo mayúsculo. ¿Y cómo la dejo aquí, para que la vea mi mujer? ¡Imposible! Si yo pudiera achacar la cosa á otra esposa de mi sobrino... ¡Pero quiá! esta no se la tragarían. ¡Ay, Jaime! Como salgas de esta te juro que no vuelves á las andadas. Y ese importuno de don Carlitos, se las guilla y me echa el muerto, es decir, la muerta; porque cualquiera diría que lo está. (Con alegría) ¿Se habrá muerto? ¡Cá! no caerá esa breva. (Rosalía da un quejido.) ¡Diantre! Ahora la oye mi mujer y el juicio final. ¿Y con qué la haría volver en sí? Si yo llamara... pero ¡quiá! Buena la haría. ¡Rosalía! ¡Rosalía! ¡Dios mío! Y estas cosas me suceden nada más que por el partido que tengo con las mujeres, con todas menos con la mía. ¡Y van á venir!...

(Sacudiéndola.) ¡Rosalía! vamos, hija, nada. Si tuviera á mano un poco de vinagre... ¡Ah! ¡qué idea! Sí, ese era el mejor remedio siempre que se desmayaba. (Saca unos cuantos duros y los agita en el hueco de las manos al oído de Rosalía, quien empieza á dar señales de vida.) ¡Ole! ¿No lo decía yo? (Ahora preguntará dónde está.)

ROS. ¿Dónde estoy? (Intentando coger los duros. Jimenez se los guarda.)

JIM. A mi lado.

ROS. ¿Quién es usted?

JIM. (Con alegría.) (Ha perdido la memoria, no me conoce.) Soy...

ROS. ¡Un perdido!

JIM. (Recobró la memoria.) ¡Por Dios! Rosalía, escúchame.

ROS. Es inútil. ¿Qué ha venido usted á hacer á esta casa? Contésteme usted.

JIM. Pero...

ROS. Nada; dígame usted qué viene á buscar aquí.

JIM. ¿Y tú?

ROS. Yo estoy aquí de doncella.

JIM. (¡Qué barbaridad!) De modo que tú ignoras... que yo...

ROS. Ya sé que el amo de esta casa lo quiere á usted mucho.

JIM. No lo sabes tú bien.

ROS. Pero también sé que es un hombre de buenísimas costumbres.

JIM. (¡Ojalá!)

ROS. Que no permitirá que vuelva usted á poner los pies aquí, en cuanto se entere de su infame conducta.

JIM. (Esto tiene gracia.) Pero vamos á ver. ¿Tú sabes quién es el amo de esta casa?

ROS. Don Jaime Jiménez.

JIM. ¿Y tú lo conoces?

ROS No, pero se lo diré en cuanto lo vea.

JIM. (Sí, esto es lo mejor.) Vaya, vaya, buena conducta la de don Jaime. ¿Conoces al que estaba aquí contigo hace un momento?

ROS. No...

JIM El amo de esta casa.

Ros. ¿Está usted seguro que ese es don Jaime Jiménez?

Jim. Tan seguro, como de que yo soy don Carlos del Olmo. (Que es todo lo contrario.)

Ros. ¡Qué oigo! ¿Luego don Jaime está casado?

Jim. Desgraciadamente.

Ros. ¿Cómo? Ese infame que me ha dado palabra de casamiento, ¿está casado?

Jim. Hasta la coronilla. Pero oye... (Ahora me explico...) ¿Dices que te ha dado palabra...?

Ros De casamiento, sí señor. ¡El indino! Nada, todos los hombres son lo mismo, unos canallas, unos miserables y unos bandidos.

Jim. (Duro, duro.)

Ros. Ven á una mujer tontona y crédula de por sí... y... se ceban, se ceban en ella.

Jim. Baja la voz.

Ros. No me da la gana. Voy á ver ahora mismo á la señora y á contarle ce por be cuanto me ocurre.

Jim. (¡Zambomba!) Tú no harás eso.

Ros ¿Que no? Pues si es poco. Si he de hacerle pedazos todos lo muebles. Si he de pegar fuego á la casa.

Jim. (¡Fuego!) Te guardarás muy mucho.

Ros. ¿Y quién me lo impedirá?

Jim. (Vuelta á empezar.) Yo, con mi cariño.

Ros. Me desarmaste. Ya soy un trapo. Para mí lo tierno antes que todo.

Jim. Pues bien, sí, con mi cariño. Llevo muchos meses de sufrimiento, sólo por temor de volverte á ver.

Ros ¿Qué?

Jim. Por temor de no volverte á ver.

Ros. Si eso fuera verdad...

Jim. ¿Lo dudas? (Hay que rematar la suerte.) Sería muy largo de contar todo lo que hasta hoy me ha impedido volverte á ver pero...

Ros. ¿Qué?

Jim. Que te vas á marchar inmediatamente de esta casa.

Ros. No tengo recursos, estoy fallo á oros.

Jim. No te entiendo.

Ros. Que no tengo un perro.

JIM. (Saca una cartera y unos billetes.) (Sacrifiquémonos por la familia, es decir, por la tranquilidad con la familia.) Toma. (Le da unos billetes.) ¡Ahí tienes dos mil reales con la condición de que te marches ahora mismo.

ROS. Descuida. (Se guarda los billetes en el pecho.)

JIM. Yo te veré.

ROS. (En seguida me voy á ir yo, sin que el otro afloje otro tanto.)

JIM. Pues nada, sin despedirte de nadie. Yo te buscaré.

ROS. No hay que hablar más. (Lo que voy hacer es que te echen á tí.) (Mutis foro derecha.)

ESCENA II

JIMENEZ y PURA

JIM. ¡Respiremos!

PURA ¡Tío de mi alma! ¡Qué alegría tengo!

JIM. ¿Qué? ¿Qué pasa?

PURA Que, como dijo un célebre poeta americano,

La nube disipada en un instante,
nos muestra al sol espléndido y radiante.

JIM. (Esta niña, cual siempre, tan cargante.) Bueno, ¿y qué quería decir ese señor con eso?

PURA Que su sobrino Jaime es soltero.

JIM. (¡Cuerno!) ¿Y quién te ha contado eso? ¡Ay, Dios mío! ¡Si Gloria se ha enterado!

PURA Pues...

JIM. Pronto; dilo.

PURA Pues... Nicéforo.

JIM. ¿Habrase visto? Pero oye: ¿tu tía sabe algo?

PURA Nada.

JIM. ¡Gracias á Dios! Excuso decirte...

PURA Descuide usted. Si ya lo decía yo. ¡Es imposible que Jaime estuviera casado! ¿A que no sabe usted qué hizo en cuanto me vió?

JIM. ¡Si tú no lo dices...

PURA Pues pedirme una cita, decirme que quería hablarme á solas. . Ya ve usted, de eso á una declaración...

JIM. (Un nuevo tropiezo.) ¿Y á tí, qué te parece?

PURA ¡Oh! Hermosamente varonil. Aquella barba tan poblada!

JIM. (Esta es enemiga de los barberos.)

PURA ¡Y aquella apostura tan elegante!...

JIM. Pero escucha, si me ha dicho Nicéforo que le has prometido ya tu mano.

PURA ¡Ay!... Pues mire usted, casi no me acordaba.

JIM. Pues eso no puede hacerse. Ya se la ofreciste y...

PURA Sí, señor; pero fué en un momento de obcecación y despecho. ¡Pero cómo es posible! Jaime me adora, yo le idolatro y tu... tíito mío, me protegerás, ¿verdad?

JIM. Nunca. No se juega así con un corazón como con una peonza.

PURA (Con aire de humildad.) ¡Vaya qué duro eres! ¡Parece mantira que prefieras que tu pobrecita sobrina tenga que hacerse el doloroso esfuerzo de contar á su tiíta lo que sucede en casa.

JIM. Eso no es posible.

PURA Si tú me obligas...

JIM. (Me tiene cogido.) Bueno, puesto que no hay otro remedio, accedo gustoso.

PURA Y me ayudarás, ¿verdad?

JIM. Te ayudaré.

PURA ¡Qué bueno eres!

JIM. ¡Por Dios, mucha prudencia! y sobre todo con tu tía mucho disimulo.

PURA Esté usted tranquilo.

JIM. (¿Se habrá marchado esa?) (Mutis foro derecha.)

ESCENA III

PURA

Por fin voy á realizar el sueño de toda mi vida. Un marido elegante, guapo, distinguido, con toda la barba... ¡Qué envidia les va á dar á las de Romete! Las dos se han casado con hombres barbilampiños. Y á mí

que no me digan. A un hombre todo afeitado, se le cae la levita, y nunca podrá ser un buen esposo. ¡Pues claro! En cambio, yo con Jaime, ¡qué pareja! Yo. . espiritual. El... espiritual; y que yo haré que se deje el cabello suelto, al estilo de nuestros poetas; unos bucles muy rizados, muy rizados, cayendo sobre sus hombros... (Viendo á Nicéforo, que viene con un estuche grande abierto.) (¡Cielos, Nicéforo!)

ESCENA IV

PURA y NICÉFORO por foro derecha

NIC. (Lo que es yo no le digo que no me nace la barba.) Purita...

PURA ¿Qué desea usted?

NIC. (Ese tono...) Ná, que he salío en un salto á mercale esta futesa pa formalizar las relaciones.

PURA ¿Qué relaciones?

NIC. ¿Cuáles van á ser? Las nuestras. (Le presenta el estuche abierto y ella le coge distraída, sin darse cuenta.) Ná, si casi no vale la pena de mirarlo siquiera.

PURA (¡Qué aderezo tan magnífico! Y cómo le digo...)

NIC. (Ahora me quiere más, de seguro; toas las mujeres son lo mismo.)

PURA Tengo el sentimiento de decirle... (Dándole el estuche, que coge Nicéforo, dejándolo sobre un mueble.)

NIC. ¡Qué! Hable usted pronto. ¿No le gusta?

PURA Sí, es precioso. Pero esa alhaja, no es, no puede ser para mí.

NIC. Misté que es de verdad; que me ha costado más de dos mil pesetas... ¡Anda! Ha creído que eran de esos de ácido bórico. ¡Ja, ja!

PURA No, no es eso. (¡Ay, qué apuro!)

NIC. Pues entonces...

PURA Vamos á ver. ¿Usted me quiere de verdad como dice?

NIC. Más que á mi alma.

PURA ¿Sería usted capaz de hacer por mi felicidad los mayores sacrificios?

NIC. De todo. Pero no entiendo.

PURA En ese caso, olvídeme usted. Yo no puedo ser suya.

NIC. ¿Que está usted diciendo.

PURA Pues... que mi corazón ya no me pertenece, que le devuelvo á usted sus compromisos y recabo para mí toda mi libertad.

NIC. ¡Recaba, recaba! ¡Usted sí que me ha recabao á mí.

PURA Mi tío le dirá á usted las razones que existen para que me case con su sobrino.

NIC. ¿Que se va usted á casar con Jaime?

PURA Sí, Nicéforo; pero confórmese, porque ya dijo *Shakespeare* que el que no se resigna no ama.

NIC. Pues yo no tengo na del Sespir ese, y no me resigno, ¡ea! que no.

PURA No tendrá usted más remedio.

NIC. (¡Contra!) ¿Pero su tío de usted?...

PURA Proteje nuestros amores.

NIC. ¿Sí? ¡Ea! Pues ahora es cuando nos van á oir los sordos. Voy á echarlo todo á rodar.

PURA ¡Nicéforo!

NIC. Nada, ahora mismo voy á contarle todo á doña Gloria, y verá usted la que se arma.

PURA Va usted á comprometer al tío Jaime...

NIC. Yo comprometo al lucero del alba. (No puedo aguantar la pena.) ¡Vaya! (Se me saltan las lágrimas.) (Coge el estuche.) ¡Ah! y venga esto, que ya no es pa usted.

PURA No le faltará á usted á quien regalárselo. (¡Qué lástima! era una alhaja regia.)

NIC. Lo regalaré á quien quiera y á quien me dé la gana. ¡Mira! y si se me antoja, lo usaré yo. (¡Contra!)

PURA ¿Usted?

NIC. (¡Me las han de pagar!)

ESCENA V

DICHOS, JAIME por segunda izquierda

JAIME (Veremos qué es lo que tiene que decirme esta señorita.)
PURA (¡Cielos él!)
JAIME Querido Nicéforo. (Intenta abrazarle.)
NIC. (Amenazador) (Como te acerques, te desbarato los sentíos!
JAIME ¿Eh?
PURA (¡Dios mío! ¡Un crimen pasional!)
JAIME ¿Qué te pasa?
NIC. ¡Recontra! Nos oirán los sordos. (Mutis foro derecha.)

ESCENA VI

PURA, JAIME

JAIME ¿Qué le ha sucedido á Nicéforo!
PURA Que le acabó de manifestar que mi corazón ya no me pertenece.
JAIME ¡Ah! ¿Eran ustedes novios?
PURA No, nada de eso; solamente que él me asediaba, y yo... cediendo á las presiones de mis tíos, accedí en parte... pero (Con intención.) mi corazón no es mío desde hace unas horas. ¡Ay!
JAIME (¿Qué querrá decir...?)
PURA (Ahora se declarará.) (Pausa.)
JAIME (No me dice una palabra.)
PURA (¿Para cuándo esperará?) (Pausa.)
JAIME / PURA (A un tiempo.) Pues sí.
JAIME ¿Sí?
PURA Sí. (Pausa.) (Nada, no rompe.)
JAIME (¿Si me habrá citado para que nos contemplemos?)
PURA (Debe ser muy corto de genio y voy á tenerle que dar pie.)

JAIME (Yo no hago más el cadete.) ¡Purita!

PURA (Ya, ya rompe.)

JAIME Estaba impaciente porque nos halláramos á solas.

PURA ¿Sí?... (Ahora se declara.)

JAIME Sí; porque supongo que será de mucha importancia lo que tenga usted que decirme.

PURA (¿Yo?)

JAIME No he podido venir antes porque la pobre de Emma tiene un fuerte ataque de jaqueca que ella padece...

PURA (¿Qué está diciendo?)

JAIME Y como la tengo tan mimada, á la fuerza me he de estar junto á ella en cuanto le duele algo.

PURA (No puedo escuchar esto.) ¡Jaime! le advierto á usted que estoy enterada de todo.

JAIME (Esta niña me parece que está un poco ida.) (Acción de chifladura.) ¿Y qué es todo?

PURA Su tío de usted me ha confesado ese secreto.

JAIME (Lo mismo que el otro señor.) ¿Qué secreto?

PURA ¿Pero es posible que disimule usted con esa sangre fría?

JAIME Señorita... (No está en su razón.)

PURA Le advierto que es inútil la reserva... Nicéforo estará en este momento contando á mi tía la verdad de todo. ¿Insiste usted á pesar de ello?

JAIME Insisto en que no sé de qué me habla, y puesto que no me ha llamado usted nada más que para esto...

PURA (¿Que yo lo he llamado?)

JAIME Con su permiso, voy á ver cómo sigue mi adorada mujercita.

PURA No la llame usted adorada en mi presencia.

JAIME (Nada, loca de remate.) Señorita. (Medio mutis.)

PURA ¿Y para esto me pidió usted una cita?

JAIME ¿Yo?

PURA Sí señor, usted.

JAIME (Loca, loca completamente.) Señorita...

PURA ¡Usted no es un caballero!

JAIME (No conviene contradecirla.) No, no lo soy. (Pobrecilla; y es muy simpática.) (Mutis segunda derecha.)

PURA (¡Ay Dios mío! ¡Ya me quedé sin ninguno!) Con cuanta razón dijo el poeta:

A los fieros embates de la vida
sucumbe la ilusión apetecida.

(Mutis foro izquierda.)

ESCENA VII

GLORIA

No perdamos la calma. Necesito una prueba concluyente del adulterio de mi marido. No sé como he podido contenerme, cuando ese infelizote me dió la noticia. Ahora he comprendido cuánto nos quiere Nicéforo. ¡Cómo lloraba cuando me estaba contando todos esos horrores! Por supuesto, que no he de escandalizar. Quiero conducirme con la mayor prudencia; porque si me dejara llevar de mi genio, no sé, no sé lo que hubiera hecho con ese don Juan Tenorio echado á perder. Antes que nada procuremos que el escándalo no descienda á la servidumbre.

ESCENA VIII

GLORIA, ROSALÍA

ROS. ¿Da permiso la señora?

GLOR. Adelante.

ROS. Con todo el respeto que se debe á una señora de nuestra clase, voy á comunicarle á usted cuanto sucede.

GLOR. ¿Qué ocurre?

ROS. Cosas tremendas é inmorales en alto grado.

GLOR. (Esta se ha enterado de lo de la italiana. Estoy en ridículo.) Hable usted.

ROS. Señora, no tengo más remedio que abandonar esta casa.

GLOR. Vaya ¿y era eso cuanto tenía usted que decirme?

ROS. Es que el tomar esta determinación se debe á la conducta del señorito, de su marido.

GLOR. ¿Y á usted qué le importa la conducta de mi marido?

ROS. Porque yo soy una huérfana decente y honrada y...

GLOR. Vamos ¡qué lástima! se escandalizará usted con ese ejemplo.

ROS. Yo no me escandalizo de nada.

GLOR. Lo creo.

ROS. Pero el señorito se ha atrevido á requerirme de amores.

GLOR. ¿Eh? ¡Repítalo usted!

ROS. Que se ha atrevido á...

GLOR. No lo repita usted.

ROS. ¿En qué quedamos? ¿lo repito ó no?

GLOR. Quedamos, en que voy ahora mismo á extrangular á ese viejo adúltero y miserable. ¡Ay! ¡Ay! Me ahoga la indignación.

ROS. Señora, tranquilícese usted, que le puede salir una cosa mala del sofocón.

GLOR. Déjeme usted en paz.

ROS. (¡Ay! ¡qué señora!) Yo no tengo la culpa de haber inspirado una pasión al señor.

GLOR. ¡Pasión! Quizá se habrá usted creído... Si no le hubiera usted dado pié...

ROS. Yo no le he dado nada. Me vá usted á tocar al puntillo de familia.

GLOR. Es decir, que no se contenta con tener una querida dentro de casa, sino que también se dedica á la clase baja.

ROS. ¡Oiga usted! que yo soy de clase tan alta ó más que la de usted. ¡Pues no faltaría más!

GLOR. Déjeme usted de tonterías. ¿Dónde estará ese infame? Le voy arrancar las patillas.

ROS. (Tendrá que esperar que le nazcan.)

GLOR. (Oigo pasos...) Entre usted en esa habitación. (Primera derecha.)

ROS Oiga usted que yo...

GLOR. Ni una palabra. (Empujándola.)

ROS. (Es una fiera esta señora.)

GLOR. (Lográndola encerrar en primera derecha.) ¡Ajajá!

ESCENA IX

GLORIA, EMMA por la segunda derecha

EMMA (No trovo el mío marito.)

GLOR. (¡Ah! ya está aquí la otra.) ¿Cómo se atreve usted á presentarse ante mi vista?

EMMA ¡Eh!

GLOR. Seño.. (No, yo no la llamo señora.)

EMMA ¡Oh! mi tía...

GLOR. A mí no me llame usted tía; aquí no hay más tía que usted.

EMMA Non capisco.

GLOR. (Ya te daré yo malvavisco.) Estoy enterada de que mi esposo...

EMMA ¿Suo esposo?

GLOR. Basta de farsas ridículas. Es usted una farsante.

EMMA Non capito niente.

GLOR. ¿Qué miento? Entre usted aquí. (La empuja primera derecha.) (Yo haré un acto ejemplar.)

EMMA ¡Ma...! ¡Jaime! ¡Jaime!

GLOR. (Forcejean.) Ya te daré yo Jaime. ¡Adentro! (La encierra con la otra y ambas empiezan á gritar y golpear la puerta.) (Ahora vamos por ese asqueroso viejo. Quiero avergonzarle delante de todo el mundo. (Mutis por primera izquierda.)

ESCENA X

JIMÉNEZ, EMMA y ROSALÍA

JIM. ¡Juraría que estaba gritando mi mujer. No me llega la camisa al cuerpo. (Oye los gritos.) ¡Canastos! ¿Quién está ahí encerrado? (Abre la puerta.)

EMMA ¡Jaime! ¡Jaime! (Mutis segunda derecha.)

ESCENA XI

ROSALÍA y JIMÉNEZ

JIM. (¡La italiana!)
ROS. ¿Qué se habrá creído la señora?
JIM. ¿Todavía estás aquí?
ROS. Sí, señor, todavía; y la señora que me encerró, no se quedará de rositas. Le voy á poner la cara más fea que la tiene.
JIM. (Trabajo te mando.)
ROS. ¡Pues vaya! Porque le dije que su marido me había hecho el amor, me dijo que era de la clase baja ¡Mire usted que á mí! ¡Vamos! si no sé como no la retorcí el pescuezo.
JIM. ¿Qué tú le has dicho que yo te hecho el amor?
ROS. No, señor; yo me referí á su marido.
JIM. Es que su marido soy yo. (¡Pum! se me escapó.)
ROS. ¿Que tú? ¡digo! que usted...
JIM. Sí, Rosalía, sí, ¿qué quieres? te he engañado, pero te juro que si no me comprometes, no te pesará...
ROS. ¡Usted su marido...!
JIM. Yo, aunque me esté mal el decirlo.
ROS. Es verdad. Ahora me fijo en las patillas. (Por eso decía que se las iba arrancar.)
JIM. ¿Qué tienen que ver las patillas?
ROS. Pues hijo, vaya un mal gusto que ha tenido usted.
JIM. Deplorable.
ROS. Entonces, usted es...
JIM. Jaime Jiménez, y ese otro señor, don Carlos del Olmo, soltero y masa dispuesta.
ROS. (Medio mutis.) Allá voy.
JIM. ¿A dónde?
ROS. En busca de esa masa. (Lo que es ese, no se me escapa.)
JIM. Mil pesetas, después que te hayas marchado.
ROS. Descuide usted, pero vale más el boquete que ha hecho en mi corazón.

JIM. Bueno, pues cambia las mil pesetas en calderilla y lo rellenas.

ROS. Adiós, ¡ingratón! (Mutis por foro derecha.)

JIM. Que te diviertas. (Imposible que nadie haya tenido tantas emociones en un sólo día. ¡Y lo que cuelga!)

ESCENA XII

JIMÉNEZ y NICÉFORO

JIM. ¡Eh! ¿Quién es?

NIC. (No puedo aguantar las lágrimas.) (Con frases entrecortadas por el llanto.) Que están á recoger la letra de Zurre.

JIM. ¡Ah! sí, toma. (Saca varios papeles del bolsillo.) (¿Dónde habré puesto esa dichosa letra? ¡Calla! ¿una carta dirigida á Zurre? ¿y desde cuando la tendré? ¡Ah! aquí está la letra.) (Dándosela.) Ya está aceptada.

NIC. Trá... trá... traiga usted.

JIM. Pero oye, ¿qué te pasa?

NIC. Que se va á hundir la casa. (Mutis foro izquierda.)

ESCENA XIII

JIMÉNEZ

Por mí ya se podía haber desplomado. Pero señor, esta carta... (Se guarda los demás papeles y se queda contemplando el sobre.) ¡En fin! veamos lo que le decía. (Rasga el sobre y saca la carta.) ¿Eh? ¿Estoy soñando? (Leyendo.) «Amor y ganancias.. Casa abierta...» ¡Pues señor! Esta es la carta que yo creía haber enviado á Emma. Entonces le mandé á ella la de Zurre. ¡Eh! pero... ¡Zambomba! ¿Cómo escribió ella contestándome? Como no sea que llamándose igual mi sobrino... ¡Ay, Jaime! Me parece que has hecho, ó mejor dicho, estás haciendo una plancha monu-

mental. Mira que si resultase que es de verdad la mujer de tu sobrino... No me quedarías más que ver.

ESCENA XIV

JIMÉNEZ, SANTIAGO, DEPENDIENTE. Estos traen un mueble juguetero

SANT. ¿En qué cuarto hay que colocarlo?
DEP. En la salita de dentro de ese gabinete?
JIM. ¿Quién está ahí?
SANT. Este mueble que traemos de en cá el ebanista. (Entran primero derecha.)
JIM. Colocar todos los juguetes que hay sobre las sillas, limpiándolos antes. (Se me antojan los dedos huéspedes.)

ESCENA XV

JIMÉNEZ y JAIME

JAIME (Es preciso que yo aclare cuanto está ocurriendo.)
JIM. Mi última hora está al llegar.
JAIME ¡Tío!
JIM. ¡Eh! ¡Ah! ¿Eres tú?
JAIME Sí, señor; yo que vengo dispuesto á que me aclare usted cuantas rarezas he presenciado desde mi llegada á esta casa.
JIM. No comprendo...
JAIME Mientras lo que yo he querido creer una broma, ó una equivocación, se ha limitado á mí, he podido tolerarlo; pero desde que se toma á mi mujer como blanco de burlas de mal género, no estoy dispuesto á consentirlo, ni á ustedes, entiéndalo usted bien, ni á ustedes ni á nadie.
JIM. ¿Luego es tu mujer?.. (¡Canario!)
JAIME ¿Duda usted que sea mi esposa?
JIM. No. ¡Qué disparate! (Esto ya me lo tenía yo

tragado.) ¿He dicho que si es á tu mujer á la que han molestado?

JAIME A mi mujer, sí señor.

JIM. ¡Caramba! (¡Era su mujer!)

JAIME Su esposa de usted la ha encerrado en un cuarto con otra mujer, y diciéndole con groseros modales cosas que ella no ha entendido.

JIM. (Menos mal.)

JAIME Y á eso vengo. A saber qué ha motivado estas bromas ó estas veras, pero pronto, que no soy dueño de mí.

JIM. (¡Señor, qué día!)

JAIME (Le da una carta.) ¡Ah! Y tome usted esta carta, que por conducto de una camarera recibió mi mujer con sobre á ella dirigido.

JIM. ¿A ver? ¡La carta de Zurre!

JAIME ¿Qué ha dicho usted?

JIM. ¡Zurre!

JAIME ¿Por qué escribía usted á mi mujer?

JIM. Pero si no es á ella

JAIME Pero eso indica que se cambiaron los papeles

JIM. ¿Que ella debió escribirme á mí?

JAIME No, señor; que usted había escrito á ella.

JIM. (¡Ah, qué idea!) ¡Justo! Le escribía á ver si quería cantar en un concierto que se iba á dar á beneficio de los bañeros.

JAIME (¡Otro que te crea!) ¿Y todo ese teje maneje de Carlitos y Pura?...

JIM. (Yo no sé ni qué decir.) (Riéndose forzosamente.) ¡Qué gracia ha tenido! (¡Maldita!) ¡Figúrate! ¡Pero, por Dios, guarda el secreto!

JAIME ¡Vamos!

JIM. Voy, hombre, voy. Figúrate que mi amigo don Carlitos se atrevió á hacer el amor á la criada nueva, que no es tal criada, si no una ópera disfrazada de tiple, con vestido de doncella. Ella, ¿comprendes tú? ella venía por mí; pero él, Carlitos, confundió la cosa y se declaró á mi mujer, creyendo que sería su sobrina Pura; pero ésta, que estaba celosa de Nicéforo, por creer que yo le correspondía... (No sé lo que me digo.)

JAIME ¡Basta ya! Yo sabré lo que he de hacer.

JIM. ¡Sobrino, por Dios! Mira: toda la culpa es mía. (Otro embuste.) Esa criada es... Rosalía.

JAIME ¿Rosalía?

JIM. Sí; un lío antiguo mío. Yo le rogué á don Carlitos que me salvara de ella, y él creyó que me refería á la tiple, porque como Rosalía también canta...

JAIME Conque canta, ¿eh?

JIM. Sí. (En la mano.) Pues nada, él la confundió, y de esta confusión... ¿comprendes?

JAIME Sí. (Ahora recuerdo que antes, don Carlitos, con aquella mujer...) ¡Ya, ya!

JIM. (Pues señor, cada vez estoy más confundido.)

JAIME ¿En qué habitación la encerraría su mujer?

JIM. En esa. (Primera derecha.)

JAIME ¿Y no sabe que han salido?

JIM. No, yo mismo las abrí.

JAIME Mejor que mejor. (Cierra la puerta.)

JIM. ¿Qué haces?

JAIME Devolverle broma por broma. (Medio mutis.)

JIM. ¿Dónde vas?

JAIME A ninguna parte, porque no es preciso. (Ya está aquí la vieja.)

ESCENA XVI

GLORIA, JIMÉNEZ y JAIME

GLOR. (¡No encuentro á ese infame! ¡Ah, ya lo cogí.)

JIM. (¡Creo en Dios padre, Todopoderoso!) (A Jaime.) Sobrino, sujétame, que me conozco, y como se acerque, no voy á poder contenerme y (echaré á correr.)

JAIME A lo hecho pecho.

GLOR. ¡Por fin encontré á usted!

JIM. (El pedacito más grande mío va á ser así.)

JAIME Señora...

GLOR. ¡Silencio, criminales!

ESCENA XVII

DICHOS y CARLOS, por el foro derecha

CAR. (Con la precipitación me dejé el abrigo.)

TODOS ¡Carlos!

CAR. Señores, no molestarse por mí. Continúen ustedes en esa agradable y tranquila escena de familia. No vengo más que por mi abrigo... Con el permiso de ustedes... (Medio mutis.)

GLOR. Quédese usted aquí.

CAR. Pero...

JIM. (A Jaime.) (Conviene que se quede, tengo un proyecto.)

JAIME Bueno.

GLOR. Quiero que presencie usted un escándalo extraordinario.

CAR. Señora: ni mis antecedentes, ni mi posición social, ni mi modo de ser, me permiten tomar parte en estas cosas. Con su permiso. (Va á salir y Jaime le detiene.)

JAIME Quédese usted ó le haré yo quedar.

CAR. (El árbitro.) Ante ese ruego...

GLOR. En esa habitación hay encerradas dos amantes de mi marido. (Jaime y Jiménez se miran.)

CAR. ¡Qué me dice usted!

GLOR. Que en esa habitación hay encerradas dos amantes de mi marido. ¿Todavía no se ha enterado usted? ¡Jesús, qué torpeza!

CAR. ¡Señora! He dicho ¡qué me dice usted! con signo admirativo, no interrogativo.

GLOR Bueno, pues he querido que se quedase usted para que pueda dar fe.

CAR. Yo no la tengo. Eso los notarios.

GLOR Bueno, usted será testigo para la demanda de divorcio.

JIM. ¿Sí?... (¡Que no fuera verdad!)

GLOR. Fíjese usted.

ESCENA XVIII

DICHOS, SANTIAGO y DEPENDIENTE

GLOR. (Abriendo la puerta.) ¡Salgan ustedes! (Salen los chicos marchándose por foro derecha.) ¡Eh! ¿Qué es esto?

SANT. (¡Vaya una encerrona!) (Mutis.)

DEP. (Esto es abusar.) (Mutis. Gloria entra en primera derecha, saliendo inmediatamente.)

GLOR. He sido víctima de otra burla sangrienta.

CAR. (Pues señor, no lo entiendo.)

JAIME Resultó mejor de lo que yo creía.

JIM. (¡Yo estoy ya, como al que le olean!)

ESCENA XIX

GLORIA, EMMA, CARLOS, JIMÉNEZ y JAIME

EMMA ¡Jaime mío, mío Jaime! (Lo abraza.)

GLOR. A esta la ahogo. (Va hacia ella y Jaime la detiene.)

EMMA ¡Ay!

JAIME ¡Señora! cuidado con propasarse con mi esposa. ¡Tío, que no aguanto un momento más!

JIM. (Purguemos nuestras culpas.) Yo explicaré todo.

JAIME Pronto.

JIM. (Nada, yo le echo el muerto á Carlitos. Así como así estoy deseando no verle más el pelo.) Todo esto se debe al señor. (Por Carlos.)

CAR. ¡Hombre!

GLOR. Explíquese usted.

CAR. Con mucho gusto. Ya estoy cansado de que me traigan y me lleven. Y además, que ni mis antecedentes, ni...

GLOR. (Atajándolo.) Ya sabemos, y su modo de ser y todo. Lo que se necesita saber es...

CAR. A eso voy. El señor Jiménez, me dijo que

la cantante que había llegado esta mañana venía por él.

JAIME ¡Tío!

GLOR. ¡Jaime!

JIM. (Hay que ser cínico.) ¿Tendrá usted valor de asegurar eso?

EMMA ¡O lintrigante!

CAR. Con objeto de salvarlo, fué por lo que me decidí á llevarme á la tiple, á lo que ella accedió.

JAIME ¿Tú?

EMMA Non é evero, non é evero.

JIM. (Valor.) Esa es otra calumnia de este hombre cínico.

CAR. ¡¡Señor de Jiménez!!

JAIME Sí, señor, tiene razón mi tío. (Coloca á Emma delante.) Otra calumnia. Atrévase usted á asegurar que esta señora le ha prometido el marcharse con usted.

EMMA ¡O mío Dío!

JIM. (Ya es mía.) Atrévase usted.

CAR. Yo no conozco para nada á esta señora. Yo me he referido á la tiple.

GLOR. ¿Eh?

JIM. ¿Están ustedes viendo como este hombre es un lioso?

CAR. ¡¡Señor de Jiménez!!

JAIME La tiple es esta señora, mi legítima esposa y, basta ya de...

CAR. No continúe usted. (Como si lo oyera. Iba á decir mentecatadas.) ¡Entonces! ¿quién es esa señora de la bata?

GLOR. Como no sea la cocinera.

CAR. (¡Horror! ¡Era una cocinera! Ahora me explico el olor á cebolla.) ¡Señor de Jiménez! Me dará usted una satisfacción...

JIM. ¡Yo que le he de dar!

CAR. Es inicuo lo que se ha hecho conmigo en esta casa. ¡Señora!...

GLOR. ¡Parece mentira! ¡Y parecía usted una persona tan seria!

CAR. ¡Oh! ¡Basta ya! La culpa la tengo yo, por alternar con gente sin educación y sin principios.

JIM. Pues muchos que se ha comido usted en mi casa.

CAR. Es usted un grosero.

JAIME Vamos.

GLOR. (¡Qué escándalo!)

CAR. Me marcho, sí señor, pero le mandaré dos amigos. ¡Gentucillas! ¡Gentucillas!

GLOR. (¡Ay! ¡nos llama gentucillas!)

CAR. ¡¡Tenderos!! (Mutis foro derecha.)

JIM. ¡Maestro de escuela! (¡Gracias á Dios que le perdí de vista!)

ESCENA XX

TODOS menos ROSALÍA, CARLOS y DEPENDIENTE

PURA (Con el estuche del aderezo y aparte á Nicéforo.) ¿Y me amarás siempre?

NIC. Hasta dispués de muerto.

PURA ¡Tía! mire usted qué aderezo tan magnífico.

GLOR. ¡Precioso! ¿De dónde has sacado eso?

NIC. Es el regalo de boda.

GLOR. (Lo pescó) Por fin...

JIM. ¡Hombre! ¡Que me alegro! (El demonio son las mujeres.)

GLOR. (Aparte á Jiménez.) ¿Y Rosalía?

JIM. (Aparte á Gloria.) Carlos que tomó mi nombre

SANT. Cuando los señoritos quieran el almuerzo está listo.

GLOR. ¿Y la cocinera?

SANT. Estaba haciendo sus líos cuando salía ese caballero de los lentes y echó á correr detrás de él dándole unos gritos muy grandes.

JIM. (Aparte á Gloria.) ¿Lo ves? (¡Gracias, Dios mío!)

GLOR. Si viene, que no quiero verla.

JIM. Ni yo. (Mutis Santiago.)

PURA ¿Qué ha sido?

GLOR. Ya te contaré.

JAIME (Aparte á Emma.) Descuida, hoy mismo nos

marcharemos. (Alto.) ¡Tío, en cuanto almorcemos, nos vamos otra vez al hotel!

JIM. ¡Hombre! (Me alegro.)

GLOR. (Más vale así.) ¿Qué? ¿No están ustedes bien servidos y á gusto?

JAIME Y muy honrados, pero comprendemos que los huéspedes siempre son molestos y...

NIC. Tié razón. No hay na mejor que cada uno en su casa y Dios en la de todos. Nosotros también en cuanto nos casemos, á nuestra chosica. ¿Verdad, Pura?

PURA ¡Oh! Sí, que ya dijo el poeta...

NIC. ¡Qué poeta! El que lo dijo, es aquel cantar de mi pueblo que dice:

A la casa de naide
no vaya naide
porque no sabe naide
como está naide.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y SANTIAGO con una tarjeta.

SANT. ¡Señorito! Este caballero...

TODOS ¡Otro!

JIM. (Leyendo la tarjeta.) ¡No asustarse! (Al público.) Es el autor que pregunta si ha gustado el juguete.

FIN DEL JUGUETE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las láminas de Valde-Chorizos.
Un grupo y varias reproducciones.
La Victoria del general. (2.ª edición)
Los Ximénez de Quirós.

3 0112 115872647

Precio: DOS pesetas

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el domicilio de la *Sociedad de Autores Españoles,* **Salón del Prado, 14, hotel,** considerándose como fraudulento todo el que carezca del sello de dicha Sociedad.